

LA ORACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

1.	Textos bíblicos sobre la oración.....	2
1.1.	Oraciones de Jesús recogidas en los Evangelios	2
1.1.1.	Jesús se retira a orar	2
1.1.2.	En Getsemaní.....	2
1.1.3.	En la Cruz	2
1.1.4.	Por los discípulos	3
1.2.	Algunas enseñanzas de Jesús sobre la oración.....	4
1.3.	El Padrenuestro.....	4
1.4.	Cualidades de la oración	4
1.4.1.	Atención	4
1.4.2.	Humildad	5
1.4.3.	Fe y confianza.....	5
1.4.4.	Perseverancia	5
1.5.	Eficacia de la oración.....	6
1.6.	Necesidad de la oración	8
2.	La oración de Jesús.....	8
2.1.	Los lugares en que Jesús oraba.....	8
2.2.	Los momentos en que Jesús oraba.....	10
2.3.	La actitud externa de Jesús en la oración.....	12
2.4.	¿Podía orar realmente Jesús?.....	13
3.	La oración del Mesías.....	14
3.1.	El Bautismo de Jesús en el Jordán.....	14
3.2.	La elección de los doce apóstoles.....	15
3.3.	La multiplicación de los panes	15
3.4.	La confesión mesiánica de Pedro	16
3.5.	La Transfiguración en el Tabor	17
4.	La oración de Jesús en la Última Cena.....	19
4.1.	Las peticiones de Jesús en la Última Cena.....	19
4.1.1.	La oración por Pedro	19
4.1.2.	La petición por el envío del Espíritu Santo	20
4.2.	La oración sacerdotal	21
4.2.1.	Jesús ora por su propia glorificación.....	21
4.2.2.	Jesús ora por sus discípulos	21
4.2.3.	Jesús ora por todos los creyentes (vv. 20-23).....	22
4.2.4.	Oración final (vv. 24-26).....	23
5.	La oración de Jesús en la Cruz.....	24
6.	La voluntad del Padre en la oración de Jesús.....	26
6.1.	La Voluntad de Dios en la Encarnación.....	26
6.2.	El himno de alabanza al Padre (Lc 10,21-22 y Mt 11,25)	28
6.3.	La oración en el Huerto de los Olivos	28
6.4.	La oración de Jesús en la Cruz	30
6.4.1.	“Dios mío”	30
6.4.2.	“¿Por qué me has abandonado?”	30
6.4.3.	“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46).....	31
6.4.4.	“Todo está cumplido” (Jn 19,30).....	31
7.	La oración del Hijo.....	32
7.1.	El himno de júbilo de Jesús (Mt 11,25-27).....	32
7.2.	La oración al Padre “en espíritu y en verdad” (Jn 4,22-23).....	32

7.3.	La oración de Jesús junto a la tumba de Lázaro	33
7.4.	La oración sacerdotal	33
8.	Enseñanzas de Jesús sobre la oración.....	34
8.1.	Humildad.....	34
8.2.	Fe y confianza.....	36
8.3.	Perseverancia.....	37
9.	Eficacia de la oración	38
10.	La oración de los primeros cristianos	40
11.	La oración en San Pablo	45
11.1.	Los himnos de las cartas paulinas.....	45
11.1.1.	El himno de la carta a los Efesios (Ef. 1,3-14).....	45
11.1.2.	El himno de la carta a los Filipenses (2,6-11)	49
11.2.	Enseñanzas de San Pablo sobre la oración.....	51

1. Textos bíblicos sobre la oración

1.1. Oraciones de Jesús recogidas en los Evangelios

1.1.1. Jesús se retira a orar

Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí.(Mt 4,23)

De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración.(Mc 1,35)

Su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud afluía para oírle y ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba.(Lc 5,15-16)

Y sucedió que mientras él estaba orando a solas, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?»(Lc 9,18).

1.1.2. En Getsemaní

Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y dice a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.» Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.» Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.» Viene entonces donde los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad.» Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Viene entonces donde los discípulos y les dice: «Ahora ya podéis dormir y descansar. Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ¡Levantaos!, ¡vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca.»(Mt 26,36-46).

El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen(Heb 5,7-9).

1.1.3. En la Cruz

Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: «¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?», esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?»(Mt 27,46).

Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»(Lc 23,24).

y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró.(Lc 23,46).En algunos momentos importantes

Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo(Lc 3,21).

Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles(Lc 6,12-13).

Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante (Lc 9,28-29).

Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.» Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11,41-43).

Ahora mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre.» Vino entonces una voz del cielo: «Le he glorificado y de nuevo le glorificaré.»(Jn 12,27-28)

1.1.4. Por los discípulos

«¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos.»(Lc 22,31-32)

Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada. Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplan mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.»(Jn 17,1-26).

1.2. Algunas enseñanzas de Jesús sobre la oración

«Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. (Mt 6,5-13).

«Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al llama, se le abrirá. ¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!(Mt 7,7-11).

Entonces dice a sus discípulos: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies.»(Mt 9,37-38)

Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil. (Mt 26,41).

Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: "¡Hazme justicia contra mi adversario!" Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme."» Dijo, pues, el Señor: «Oíd lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias." En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!" Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.»(Lc 18,1-14)

1.3. El Padrenuestro

«Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo. Nuestro pan cotidiano dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores; y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal. (Mt 6,9-13).

Y sucedió que, estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.» El les dijo: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en tentación.»(Lc 11,1-4).

1.4. Cualidades de la oración

1.4.1. Atención

Entonces, ¿qué hacer? Oraré con el espíritu, pero oraré también con la mente. Cantaré salmos con el espíritu, pero también los cantaré con la mente. Porque si no bendices más que con el espíritu ¿cómo dirá «amén» a tu acción de gracias el que ocupa el lugar del no iniciado, pues no sabe lo que dices? ¡Cierto!, tu acción de gracias es excelente; pero el otro no se edifica (1 Cor 14-15-17).

1.4.2. Humildad

«Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. (Mt 6,5-8)

En esto, un leproso se acercó y se postró ante él, diciendo: «Señor, si quieres puedes limpiarme.» El extendió la mano, le tocó y dijo: «Quiero, queda limpio.» Y al instante quedó limpio de su lepra. Y Jesús le dice: «Mira, no se los digas a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio. (Mt 8,2-4)

Saliendo de allí Jesús se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón. En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo: «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada.» Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos, acercándose, le rogaban: «Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros.» Respondió él: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: «¡Señor, socórreme!» El respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» «Sí, Señor -repuso ella-, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas.» Y desde aquel momento quedó curada su hija. (Mt 15,21-28)

Cuando hubo acabado de dirigir todas estas palabras al pueblo, entró en Cafarnaúm. Se encontraba mal y a punto de morir un siervo de un centurión, muy querido de éste. Habiendo oído hablar de Jesús, envió donde él unos ancianos de los judíos, para rogarle que viniera y salvara a su siervo. Estos, llegando donde Jesús, le suplicaban insistentemente diciendo: «Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga.» Iba Jesús con ellos y, estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra, y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: "Vete", y va; y a otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo hace.» Al oír esto Jesús, quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que le seguía: «Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.» (Lc 7,1-10).

1.4.3. Fe y confianza

Cuando llegaron donde la gente, se acercó a él un hombre que, arrodillándose ante él, le dijo: «Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático y está mal; pues muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. Se lo he presentado a tus discípulos, pero ellos no han podido curarle.» Jesús respondió: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo acá! Jesús le increpó y el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento. Entonces los discípulos se acercaron a Jesús, en privado, y le dijeron: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle? Díceles: «Por vuestra poca fe. Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Desplázate de aquí allá", y se desplazará, y nada os será imposible.» (Mt 17,14-21)

Jesús les respondió: «Yo os aseguro: si tenéis fe y no vaciláis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si aun decís a este monte: "Quítate y arrójate al mar", así se hará. Y todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis.» (Mt 21,21-22).

El ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan (Lc 1,13).

Dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.» (Jn 11,21-22)

1.4.4. Perseverancia

Cuando salían de Jericó, le siguió una gran muchedumbre. En esto, dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al enterarse que Jesús pasaba, se pusieron a gritar: «¡Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!» La gente les increpó para que se callaran, pero ellos gritaron más fuerte: «¡Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!» Entonces Jesús se detuvo, los llamó y dijo: «¿Qué queréis que os haga?» Dícnle: «¡Señor, que se abran nuestros ojos!» Movido a compasión Jesús tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista; y le siguieron. (Mt 20,29-34).

Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» Jesús se detuvo y dijo: «Llamadle.» Llamen al ciego, diciéndole: «¡Animo, levántate! Te llama.» Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego le dijo: «Rabbuní, ¡que vea!» Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado.» Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino. (Mc 10,46-52).

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar. (He 2,42-47).

Así pues, Pedro estaba custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios. Cuando ya Herodes le iba a presentar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas; también había ante la puerta unos centinelas custodiando la cárcel. De pronto se presentó el Ángel del Señor y la celda se llenó de luz. Le dio el ángel a Pedro en el costado, le despertó y le dijo: «Levántate aprisa.» Y cayeron las cadenas de sus manos. Le dijo el ángel: «Cíñete y cálzate las sandalias.» Así lo hizo. Añadió: «Ponte el manto y sígueme.» Y salió siguiéndole. No acababa de darse cuenta de que era verdad cuanto hacía el ángel, sino que se figuraba ver una visión. Pasaron la primera y segunda guardia y llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. Esta se les abrió por sí misma. Salieron y anduvieron hasta el final de una calle. Y de pronto el ángel le dejó. Pedro volvió en sí y dijo: «Ahora me doy cuenta realmente de que el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.» Consciente de su situación, marchó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración. (He 12,5-12)

Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias (Col 4,2).

Noche y día le pedimos insistentemente poder ver vuestro rostro y completar lo que falta a vuestra fe (1 Tes 3,10).

1.5. Eficacia de la oración

Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos (Mt 18,19).

Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre, y le rogaron por ella. Inclínándose sobre ella, conminó a la fiebre, y la fiebre la dejó; ella, levantándose al punto, se puso a servirles (Lc 4,38-39)

Les dijo también: «Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: "Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle", y aquél, desde dentro, le responde: "No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos", os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite.» Yo os digo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le

abrirá. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o, si pide un huevo, le da un escorpión? (Lc 11,5-12).

Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré (Jn 14,13-14).

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda (Jn 15, 7.16).

Aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: lo que pidáis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado. Os he dicho todo esto en parábolas. Se acerca la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que con toda claridad os hablaré acerca del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios (Jn 16,23-27).

Había en Cesarea un hombre, llamado Cornelio, centurión de la cohorte Itálica, piadoso y temeroso de Dios, como toda su familia, daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios. Vio claramente en visión, hacia la hora nona del día, que el Ángel de Dios entraba en su casa y le decía: «Cornelio.» El le miró fijamente y lleno de espanto dijo: «¿Qué pasa, señor?» Le respondió: «Tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante la presencia de Dios. Ahora envía hombres a Joppe y haz venir a un tal Simón, a quien llaman Pedro. Este se hospeda en casa de un tal Simón, curtidor, que tiene la casa junto al mar.» Apenas se fue el ángel que le hablaba, llamó a dos criados y a un soldado piadoso, de entre sus asistentes, les contó todo y los envió a Joppe (He 10,1-8).

Hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios; los presos les escuchaban. De repente se produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron. Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos. Despertó el carcelero y al ver las puertas de la cárcel abiertas, sacó la espada e iba a matarse, creyendo que los presos habían huido. Pero Pablo le gritó: «No te hagas ningún mal, que estamos todos aquí.» El carcelero pidió luz, entró de un salto y tembloroso se arrojó a los pies de Pablo y Silas, los sacó fuera y les dijo: «Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?» Le respondieron: «Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa.» Y le anunciaron la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa. En aquella misma hora de la noche el carcelero los tomó consigo y les lavó las heridas; inmediatamente recibió el bautismo él y todos los suyos. Les hizo entonces subir a su casa, les preparó la mesa y se alegró con toda su familia por haber creído en Dios (He 16,25-34).

Si alguno de vosotros está a falta de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos generosamente y sin echarlo en cara, y se la dará. Pero que la pida con fe, sin vacilar; porque el que vacila es semejante al oleaje del mar, movido por el viento y llevado de una a otra parte. Que no piense recibir cosa alguna del Señor un hombre como éste, un hombre irresoluto e inconstante en todos sus caminos (Sant 1,5-8)

¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones (Sant 4,2-3).

¿Sufre alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos (Sant 5,13).

Elías era un hombre de igual condición que nosotros; oró insistentemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Después oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto (Sant 5,17-18).

En esto está la confianza que tenemos en él: en que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en lo que le pedimos, sabemos que tenemos conseguido lo que hayamos pedido (1 Jn 5,14-15).

Otro Ángel vino y se puso junto al altar con un badil de oro. Se le dieron muchos perfumes para que, con las oraciones de todos los santos, los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono. Y por mano

del Ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos (Ap 8,3-4).

1.6. Necesidad de la oración

Su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud afluía para oírle y ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba(Lc 5,15-16).

Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: «Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado.» Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron (He 13,2-3).

Siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos (Ef 6,18).

Orad constantemente (1 Tes, 5-17).

Finalmente, hermanos, orad por nosotros para que la Palabra del Señor siga propagándose y adquiriendo gloria, como entre vosotros, y para que nos veamos libres de los hombres perversos y malignos; porque la fe no es de todos (2 Tes, 3,1-2).

Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tim 2,1).

Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono (Ap 3,20-21).

2. La oración de Jesús

2.1. Los lugares en que Jesús oraba

Jesús no ha sido un revolucionario, no ha roto con la tradición judía. Después del exilio, el pueblo de Israel ha considerado cada vez más el templo de Jerusalén como el centro del culto, como se ve en el diálogo de Jesús con la Samaritana:

Le dice la mujer: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.» (Jn 4,19-20)

Los judíos acudían al Templo en tres ocasiones, para las fiestas de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos.

Además se habían multiplicado las sinagogas, que no eran lugares de culto, sino de oración. De Jesús sabemos que asistía cada sábado a la sinagoga para escuchar la Palabra de Dios, y que intervenía en la predicación.

Pero tanto de sus peregrinaciones al Templo como de su asistencia semanal a la Sinagoga, los Evangelios nunca dicen que Jesús oraba. No es que no lo hiciera, sino que lo dan por supuesto. En cambio, los evangelistas subrayan, y con interés, la oración de Jesús en otros lugares no habituales. Que Jesús iba al Templo a orar es indudable. La costumbre judía es que al Templo se iba a orar:

¡Oh, qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yahvé!

¡Ya estamos, ya se posan nuestros pies en tus puertas, Jerusalén!

Jerusalén, construida cual ciudad de compacta armonía,

a donde suben las tribus, las tribus de Yahvé,

es para Israel el motivo de dar gracias al nombre de Yahvé (Salmo 122,1-4).

En el temprano episodio de la desaparición del Niño, éste contesta a su madre:

«Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49)

Esta costumbre siguió en la práctica de los primeros discípulos de Jesús, en la primitiva Iglesia de Jerusalén, como se puede leer en los Hechos de los Apóstoles:

Pedro y Juan subían al Templo a la hora de la oración, hacia las tres de la tarde (He 3,1).

Pero Jesús, además, oraba siempre, en cualquier parte. Para sus discípulos esta era la “novedad” de su oración que les había llamado la atención.

El lugar que Jesús elegía para orar habitualmente era un sitio un poco aislado, un monte, el huerto de los olivos (cfr. Mc 1,35; 6,46; Lc 4,42; 5,16; 6,12; 9,18). El tipo de lugar no parece que tenga mucha importancia. *En cierto lugar*, dice San Lucas (11,1), como si cualquier especificación fuese insignificante. Esta vez, los discípulos se quedan con su Maestro durante la oración; pero la mayoría de las veces Jesús procura estar solo. Al principio de su vida pública, se siente movido por el Espíritu al desierto, para pasar allí cuarenta días de ayuno y oración (Mt 4,1). Más tarde, al final de jornadas de mucho trabajo, parece sentir una verdadera necesidad de soledad. Por ejemplo, tras la primera multiplicación de los panes. Los textos de Marcos (6,45) y Mateo (14,22) no dejan lugar a dudas: Jesús desea estar solo.

Junto al desierto y a los lugares solitarios en general, con frecuencia es un monte o la montaña el lugar de oración de Jesús (Mc 6,46; Lc 6,12).

Otro lugar de oración de Jesús, que se recuerda de modo particular, es el Huerto de los Olivos. Jesús va a él en la hora trágica de su sufrimiento; allá se manifiesta todavía más su necesidad de soledad. Deja detrás de él, a cierta distancia, a los tres discípulos elegidos. Volveremos sobre este episodio, de manera más detallada, cuando estudiemos la oración de Jesús en su agonía.

2.2. Los momentos en que Jesús oraba

El pueblo de Israel era un pueblo muy religioso; trataba con frecuencia de acercarse a Dios en la oración. En los salmos resuena el deseo de elevar el corazón a Dios en todo momento: el salmista se dirige a Dios no sólo a la hora de la oración en el Templo (Sal 55,18), sino siete veces al día (Sal 119,164), desde la mañana temprano y también durante la noche (Sal 5,4; 77,3). Anhela caminar siempre en la presencia del Señor (Sal 88,10; 16,8).

Entre los judíos del tiempo de Jesús, esta tradición de oración se había ido fijando cada vez más en gran número de prescripciones. Cada día, por la mañana y por la tarde, era obligatoria –al menos para los hombres– la recitación del *Shema Israel*, una especie de profesión de fe. A las tres de la tarde, todos (incluidos esclavos, mujeres y niños) debían recitar las dieciocho bendiciones. Además se habían establecido oraciones específicas para cada comida, para el sábado, para las fiestas, para los días de ayuno y para cada acontecimiento importante de la vida. En el tiempo de Jesús se ve que hay un aumento de prescripciones, pero acompañado de un retroceso en la oración de los salmos.

¿Qué nos dicen los evangelios sobre la oración de Jesús en este ambiente? Como ya hemos visto, participaba en las oraciones culturales del sábado en la sinagoga y de las fiestas importantes en el Templo. Como todos los judíos de su tiempo, también él recitaría las oraciones prescritas. Los evangelios recuerdan explícitamente las oraciones rituales que Jesús dice durante la cena pascual poco antes de su pasión y de su muerte:

Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios.» Y cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos (Mc 14,26)

En lo que respecta a las oraciones oficiales, las indicaciones de los evangelios son muy escasas. En cambio, se habla con frecuencia, y en las circunstancias más diversas, de su oración personal y espontánea.

En varias ocasiones, los evangelistas dicen que Jesús, siguiendo la costumbre judía, pronunció la oración de bendición. En la multiplicación de los panes, bendijo los panes y los peces:

Y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que se los fueran sirviendo. También repartió entre todos los dos peces (Mc 6,41).

Bendijo a los niños que le presentaron:

Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos (Mc 10,16).

En la última cena bendijo solemnemente el pan y el vino:

Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: «Tomad, este es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella (Mc 14,22-23).

Tras la resurrección, repitió el mismo gesto en Emaús, y así los discípulos lo reconocieron por este signo:

Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado (Lc 24,30-31).

Por fin, en el momento de la Ascensión, bendijo por última vez a los discípulos y

Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo (Lc 24,51).

En cuanto a los tiempos y al ritmo de la oración de Jesús, los sinópticos, especialmente Lucas, hacen ver la estrecha relación entre esa oración de Jesús y los momentos decisivos de su misión mesiánica. Jesús no se ha limitado a seguir una tradición religiosa; ha orado, ante todo, en los momentos y en los acontecimientos importantes y determinantes par la venida del reino de Dios. En los evangelios se dice a menudo que Jesús se retiraba a orar. Esto ocurría, sobre todo, después de los grandes milagros; por ejemplo, tras las numerosas curaciones en Cafarnaún:

De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración. (Mc 1,35)

Tras la curación del leproso:

Su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud afluía para oírle y ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba (Lc 5,15-16).

Tras la multiplicación de los panes:

Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar (Mc 6,46)

Es como si en esos momentos sintiese una necesidad especial de estar solo con el Padre, de alabarlo y darle gracias por la manifestación de su bondad y poder.

Tras la multiplicación de los panes, Jesús ha tenido que pasar muchas horas en oración. Era todavía la tarde cuando estaba ya orando en el monte, en soledad, y sólo durante la cuarta vigilia (o sea, entre las 3 y las 6 de la mañana) bajó adonde sus discípulos. En sus viajes apostólicas eran frecuentes las oraciones breves pero ardientes, que dirigía al Padre, como su en toda esa actividad quisiese mantener un contacto continuo con Él. Cuando los discípulos volvieron llenos de alegría de su primer viaje misionero, él prorrumpió en un grito de júbilo al Padre, porque había revelado sus secretos a los pequeños:

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito (Lc 10,21).

Antes de la resurrección de Lázaro dio gracias al Padre, porque con ese milagro confirmaba su misión mesiánica:

Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.» (Jn 11,41).

El día de su entrada triunfal en Jerusalén, cuando algunos griegos intentaban hablarle, dirigió una oración al Padre, porque había llegado su hora y para que el Padre fuese glorificado en ella:

Ahora mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre.» (Jn 12,27-28).

Pero eran, sobre todo, las etapas decisivas de su misión mesiánica lo que Jesús preparaba en el silencio de la oración, a menudo durante varias horas. En el momento de su bautismo en el Jordán, como principio de su actividad pública, la teofanía ocurrió mientras estaba orando (Lc 3,21). Antes de la elección de sus discípulos, ***Jesús pasó la noche orando a Dios*** (Lc 6,12). En Cesarea de Filipo, la confesión mesiánica de Pedro estuvo precedida por la oración de Jesús con sus discípulos (Lc 9,18). La Transfiguración en el Tabor, destinada a reforzar la fe de los discípulos antes las pruebas inminentes de su pasión y de su muerte, sucedió mientras estaba en oración (Lc 9,29). Por fin, Jesús pasó las últimas noches antes de su pasión en la soledad del Huerto de los Olivos, en oración (Lc 21,37).

El evangelista San Juan relata el discurso de despedida de Jesús en la Última Cena, que termina espontáneamente con la llamada “oración sacerdotal”, en la que ora con insistencia por la unidad entre sus discípulos (Jn 17). Los Sinópticos hablan de su oración al Padre en la agonía de Getsemaní, inmediatamente antes de la pasión:

Cayó rostro en tierra y estuvo orando (Mt 26,39)

Por fin, al morir en la cruz, Jesús ha orado por sus enemigos:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23,34).

Se puede decir que toda su vida está ritmada por estos momentos intensos de oración. Es un ritmo marcado por su profunda conciencia interior de haber sido enviado, como Hijo del Padre y en obediencia a la voluntad del Padre, a anunciar el reino de Dios para la salvación de los hombres.

Jesús no sólo ha continuado la gran tradición de oración de Israel, sino que la ha superado y le ha dado una nueva dimensión. Ha ido más allá de los rabinos judíos, cuando ha dicho que ***hay que orar siempre sin desanimarse*** (Lc 18,1), como la viuda de la parábola, que importunaba al juez día y noche:

Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? (Lc 18,7).

Jesús ha vivido en relación continua con el Padre:

Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo (Jn 16,32).

El fuerte anhelo de Dios expresado en los salmos, Jesús lo ha vivido intensamente como orientación hacia su Padre. Así ha llevado a cumplimiento la oración de los salmos de Israel.

2.3. La actitud externa de Jesús en la oración

En el pueblo de Israel, tan espontáneo en la manifestación de sus sentimientos religiosos y que había elaborado con tanta riqueza el ritual del culto divino, la actitud externa durante la oración había adquirido una gran importancia. En los salmos son frecuentes las descripciones de gestos y movimientos, tan llenos de valor simbólico. Arrodillarse, inclinarse, postrarse en tierra, eran actitudes de oración habituales en Israel:

*Entrad, adoremos, prosternémonos,
¡de rodillas ante Yahveh que nos ha hecho! (Sal 95,6).
postraos ante Yahveh en esplendor sagrado,
¡tiemble ante su faz la tierra entera! (Sal 96,9)*

A veces, en señal de alegría, se batían palmas durante el culto:

*¡Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de alegría! (Sal 47,2).
los ríos baten palmas,
a una los montes gritan de alegría (Sal 98,8).*

Y durante la oración existía la costumbre de alzar las manos al cielo o en dirección al Templo:

*Yo te llamo, Yahveh, todo el día,
tiendo mis manos hacia ti (Sal 88,10).
¡Por las noches alzad las manos hacia el santuario,
y bendecid a Yahveh! (Sal 134,2).*

Este aspecto gestual no debe considerarse como una actitud del cuerpo puramente material y formal. El gesto confiere una gran fuerza expresiva a los sentimientos interiores y tiene un significado simbólico. En el relato de la Ascensión del Señor a los cielos se dice:

Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios (Mc 16,17).

Aquí, aparte del hecho de llamar “ascensión” al paso de Jesucristo a la gloria, las expresiones “elevar” y “sentarse” son fuertemente rituales: Jesús desaparece en la dirección de la oración, hacia arriba. Aunque se trate de una visión ingenua, porque no hay arriba ni abajo, el hombre interpreta el cosmos como aparece a los sentidos: la cabeza, la luz, la amplitud están “en lo alto”, y los pies, la oscuridad y las tinieblas están “en lo bajo”.

Y el estar sentado es propio del que tiene poder para atender las peticiones y para dar magisterio (“Seu”=sede; “Cathedra”=cadira, asiento). Hay muchas maneras de estar en oración, pero nunca sentado, en ninguna religión.

En la oración de Jesús en Getsemaní se describe explícitamente la actitud externa del cuerpo, con algunas diferencias entre los sinópticos: *Se arrodilló* (Lucas), *se postró en tierra* (Marcos), y Mateo añade: *Con el rostro en tierra*. Eran gestos habituales que, en ese momento dramático de Jesús, acentúan todavía más su oración y confirman que ésa era efectivamente su actitud.

En otros pasajes de los evangelios, se dice con frecuencia que Jesús pronunció la bendición e impuso las manos a los niños. En los momentos de oración, a menudo alzaba los ojos al cielo (cf. Mc 6,41; 7,34; Lc 9,16; Jn 11,41), especialmente cuando realizaba milagros (como, por ejemplo, la multiplicación de los panes, la curación del sordomudo y la resurrección de Lázaro:

Entonces Jesús alzó los ojos al cielo y dijo... (Jn 11,41).

El gesto y la actitud del cuerpo en la oración, para Él, tienen sentido sólo como expresión de los deseos del corazón. Jesús ha enseñado que la oración del fariseo que, seguro de sí mismo, está de pie en el Templo, no complace a Dios; sí le complace, en cambio, la oración del publicano, que se mantiene a distancia, sin atreverse tan siquiera a levantar los ojos, y dándose golpes de pecho:

Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias." En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!" Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.» (Lc 18,9-14).

Asimismo, a los enfermos y pecadores que iban donde él y se arrodillaban o postraban por tierra, suplicando la curación o el perdón, Jesús los escuchaba y alababa, no tanto por su actitud respetuosa como por su fe, su arrepentimiento y su amor. Para Jesús tienen importancia sólo las disposiciones interiores. Los gestos y las actitudes externas sirven para expresar esos sentimientos en la oración, pero, en sí, son menos importantes y nunca son un elemento esencial de la oración cristiana. Ésta tiene, sobre todo, una dimensión interior y se realiza en lo secreto del corazón.

La unidad psicósomática que es el hombre hace que cada expresión de su interioridad tenga una correspondencia corporal. Nuestra cultura occidental, fuertemente racionalista, es pobre en manifestaciones corporales, como si la postura del cuerpo no tuviera relación con la actitud del alma. En varias ocasiones se ha advertido que algunas posturas corporales propias de la meditación budista, con el cuerpo en repliegue, dificultan la oración cristiana, mientras que otras, como las manos juntas o la postración, la facilitan.

2.4. ¿Podía orar realmente Jesús?

Antes de entrar en el contenido de la oración de Jesús hemos de resolver una dificultad, que podría formularse de esta manera: Si se acepta el dogma cristiano de la persona de Cristo, si se reconoce que Jesús está íntimamente unido a Dios, siendo el Hijo unigénito de Dios y verdadero Dios, ¿se puede decir que podía realmente orar, en el sentido de “pedir algo a Dios” o de “adorar a Dios”? Orar presupone saber que hay una gran distancia entre la criatura y Dios, darse cuenta de la propia indigencia, debilidad e impotencia, y también tener conciencia de ser pecador. La oración es un diálogo entre desiguales. ¿Qué sentido tiene, entonces, hablar de oración en el caso de Jesús? Algunos modernos teólogos protestantes tienden a eliminar el elemento humano en Jesús, describiéndolo con frases como “un resplandor proveniente del cielo”, “Dios que camina en la tierra” y poniendo como en sordina la misma palabra revelada: *Y el Verbo se hizo carne*. Y concluyen: “*Si esto es así, Jesús no podía realmente orar. Orar, pedir algo a Dios, no tiene ningún sentido para él*” (R. Bultmann).

Incluso algún teólogo católico, y valioso, como K. Adam, resuelve la dificultad diciendo que “*Toda la oración de Jesús se eleva sólo según el querer de Dios, para su honor y su gloria; por tanto, sus oraciones son preferentemente oraciones de acción de gracias*”.

Sin embargo, entre las oraciones de Jesús referidas en los Evangelios, sólo hay una de acción de gracias. Las demás son de petición. Hay que reconocer que Jesús podía, o mejor dicho, tenía que orar. Y esto significa reconocer su naturaleza humana y su voluntad humana.

Lo cierto es que esta dificultad ya la resolvió Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, y el hecho de que siga siendo problema para algunos puede deberse, sencillamente, al rechazo de la teología tradicional de la Iglesia. Santo Tomás se pregunta si Jesús podía orar, en el sentido de hacer peticiones a Dios y contesta, casi con frescura: “Sí, porque, de hecho, pedía”. Y para explicarlo, añade:

En Jesús hay dos voluntades –la divina y la humana–, y la voluntad humana no es capaz de hacer por sí sola lo que quiere, sin el recurso al poder divino; por eso, Cristo, como hombre con voluntad humana, podía rezar (Suma Teológica, III, 21, 1, resp.)

La única diferencia en la oración de petición de Jesús y la de los demás hombres está en la cuestión del pecado. No sólo en el cristianismo, sino también en las otras religiones, la oración está a menudo muy ligada con la conciencia de pecado. Pero en la oración de Jesús no hay ningún indicio de culpa. No percibimos en Él ninguna huella de conciencia de pecado. Es verdad que en el Padrenuestro Jesús inculca a los hombres que oren así: “Perdona nuestras ofensas”; pero Él personalmente nunca ora así. Nunca salió de sus labios la súplica: “Padre, perdóname”.

Para quien conoce la condición humana y analiza la actitud de Jesús, la ausencia absoluta de conciencia de pecado en Él resulta un enigma psicológico: No muestra nunca asombro ante la santidad de Dios, o miedo y temor ante la propia culpa.

Y sin embargo Jesús sí conoce la realidad del pecado. En el momento más doloroso de la Pasión se oyeron sus palabras: *Padre, perdónalos*. Él ora como quien no conoció el pecado y consciente de su singularidad:

¿Quién de vosotros sería capaz de demostrar que yo he cometido pecado? (Jn 8,46).

3. La oración del Mesías

3.1. El Bautismo de Jesús en el Jordán

Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.» (Lc 3,21-22)

El Bautismo de Jesús se considera el comienzo de su vida pública. Aunque San Mateo y San Lucas nos narran varios episodios de su infancia, los cuatro evangelistas sitúan en el Jordán el comienzo de su obra mesiánica. A nosotros nos interesa este episodio por la puntualización que hace San Lucas: en ese momento Jesús estaba en oración. En realidad, la escena se compone de dos: 1) el Bautismo de Jesús junto con el de la multitud y 2) el momento de la oración de Jesús, durante el que se produce la teofanía.

El acontecimiento del Bautismo del Jordán es considerado por la teología como el momento de la unción mesiánica de Jesús. Para entender mejor lo que significa el gesto de la unción, leamos la unción del rey David:

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: «A ninguno de éstos ha elegido Yahveh.» Preguntó, pues, Samuel a Jesé: «¿No quedan ya más muchachos?» El respondió: «Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.» Dijo entonces Samuel a Jesé: «Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.» Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia. Dijo Yahveh: «Levántate y úngelo, porque éste es.» Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahveh (1 Sam 16,10-13).

Mesías significa “ungido”. Así explica el Catecismo la condición mesiánica de Jesús:

Cristo viene de la traducción griega del término hebreo "Mesías" que quiere decir "ungido". No pasa a ser nombre propio de Jesús sino porque él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. En efecto, en Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de él. Este era el caso de los reyes (cf. 1 S 9, 16; 10, 1; 16, 1. 12-13; 1 R 1, 39), de los sacerdotes (cf. Ex 29, 7; Lv 8, 12) y, excepcionalmente, de los profetas (cf. 1 R 19, 16). Este debía ser por excelencia el caso del Mesías que Dios enviaría para instaurar definitivamente su Reino (cf. Sal 2, 2; Hch 4, 26-27). El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor (cf. Is 11, 2) a la vez como rey y sacerdote (cf. Za 4, 14; 6, 13) pero también como profeta (cf. Is 61, 1; Lc 4, 16-21). Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey (Catecismo de la Iglesia Católica, n 436).

San Ireneo comenta así la teofanía del Jordán:

"Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobre entendido El que ha ungido, El que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: El que ha ungido, es el Padre. El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción" (S. Ireneo de Lyon, haer. 3, 18, 3).

Y San Hilario la aplica a la santificación de los bautizados:

Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios. (S. Hilario, Mat 2).

El hecho de que Jesús esté en oración al comienzo de su misión salvadora se asocia inevitablemente con otro comienzo de misión, el de la Iglesia.

Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos (He 1,14).

Los apóstoles, con la Virgen María, cumpliendo la indicación de Jesús, no se separaban ni se movían de Jerusalén a la espera de la efusión del Espíritu Santo, y lo hacían perseverando en la oración.

Santo Tomás de Aquino añade una razón más:

Después del bautismo le es necesaria al hombre la oración para lograr la entrada en el Cielo, pues si bien por el bautismo se perdonan los pecados, queda sin embargo interiormente la inclinación al pecado (Suma Teológica, III, q. 39, a. 5).

3.2. La elección de los doce apóstoles

Para la misión mesiánica de Jesús y para el futuro de la Iglesia, esta elección de los “Doce” –un número simbólico que evoca las doce tribus de Israel- es de capital importancia. Esto es algo que se ha subrayado desde el comienzo de la Iglesia. Recordemos, por ejemplo el episodio de la elección de Matías:

Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección.» Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía.» Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles (He 1,21-26).

También tiene mucho interés la descripción de la nueva Jerusalén al final del Apocalipsis:

Tenía una muralla grande y alta con doce puertas; y sobre las puertas, doce Angeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al mediodía tres puertas; al occidente tres puertas. La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero (Ap 21,12-14).

San Lucas es el único evangelista que hace de la elección de los Doce vaya precedida de una larga oración nocturna de Jesús:

Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles (Lc 6,12-13)

San Marcos, por su parte, añade una frase preciosa cuando dice que los eligió *para que estuvieran con Él (Mc 3,15)*. La llamada de los Doce tiene como primer objetivo que los llamados estén con Jesús, aprendan de Él. Sólo a partir de esa unión con el Maestro podrán ser enviados para que sean sus testigos. Es, por otro lado, una señal de la unión de la Iglesia con Cristo: Donde está la Iglesia está Jesús y donde está Jesús está su Iglesia.

Lucas dice que Jesús ha preparado esta elección en la oración. Aunque no se nos diga el contenido de esta oración, las circunstancias nos lo hacen intuir con bastante claridad. Jesús ha orado por sus discípulos, muy especialmente por los Doce, para que permanezcan fieles a su llamada y para que, estando cerca de Él, como sugiere el texto de San Marcos, gracias a este contacto profundo puedan creer en Él, comprender su misión y transmitir su mensaje de salvación a los futuros discípulos. Por tanto, la oración nocturna de Jesús antes de la elección de los apóstoles brotaba de su conciencia mesiánica y la suscitaba su gran preocupación por el reino de Dios.

Otro detalle de San Marcos merece una consideración particular. Dice: *Y formó el grupo de los doce*, en griego “kai epoiesen dodeka”, que la Vulgata traduce: “Et fecit duodecim”, que significa algo más que una simple selección de discípulos. Es, más bien, la constitución de un grupo estable, a modo de colegio, en cuyo interior, más adelante, instituirá una cabeza, en la persona de Simón Pedro. Se perfila desde el principio, en la intención de Jesús, la naturaleza jerárquica de la Iglesia. El último Concilio Ecuménico lo ha explicado de esta manera:

El Señor Jesús, después de haber hecho oración al Padre, llamando a Sí a los que Él quiso, eligió a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar el Reino de Dios; a estos Apóstoles los instituyó a modo de colegio, es decir, de grupo estable, al frente del cual puso a Pedro, elegido de entre ellos mismos. Esta divina misión, confiada por Cristo a los Apóstoles, ha de durar hasta el fin del mundo, puesto que el Evangelio que ellos han de propagar es en todo tiempo el principio de toda la vida para la Iglesia. Por eso los Apóstoles se cuidaron de establecer sucesores en esta sociedad jerárquicamente organizada (Concilio Vaticano II. Constitución dogmática “Lumen gentium”, nn. 19-20)

3.3. La multiplicación de los panes

La multiplicación de los panes en el desierto supone un momento decisivo para Jesús y su misión mesiánica. Especialmente para los evangelios sinópticos el significado fundamental de este milagro es que, por medio de él, los discípulos han comprendido que Jesús es el Mesías esperado. Pero este descubrimiento

comportaba al mismo tiempo un peligro, a causa de la ambigüedad de la idea del “Mesías” entre los judíos. Sabemos que, en el ambiente judío de aquel tiempo, la espera mesiánica había tomado un tinte fuertemente político. Jesús era el Mesías, sin duda; pero ¿era el Rey-Mesías en el sentido en que se imaginaban los judíos y tal vez también los discípulos. Rotundamente no. La imagen que tenían del Mesías necesitaba ser purificada.

La multiplicación de los panes venía prefigurada por el milagro del maná en tiempo de Moisés, durante el éxodo. Jesús se presenta abiertamente como el nuevo Moisés y, por tanto, como el Mesías esperado, como el nuevo guía y pastor del Pueblo de Dios. Al ver el prodigio, la multitud estaba entusiasmada:

Al ver la gente la señal que había realizado, decía: «Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo.» Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo (Jn 6,14-15).

Se repite para Jesús la tentación del desierto, la tentación de un mesianismo terreno. Pero ya entonces había rechazado radicalmente esta tentación de poder político: ***Apártate de mí, Satanás (Mt 4,10).*** ¿Cómo reacciona ahora? ***Huyó de nuevo al monte él solo.*** Pero en los evangelios de Mateo y Marcos se añaden unos detalles significativos:

Inmediatamente obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí (Mt 14,22-23; cf. Mc 6,45-46).

Jesús ordena a los discípulos que se marchen, seguramente para evitarles también a ellos la tentación del mesianismo terreno y político. Él, por su parte, se marcha para orar. Ninguno de los evangelistas habla del contenido de esta oración de Jesús, pero está implícito en el texto que ha orado por su misión mesiánica y por la fe de sus discípulos. Orando, ha profundizado y purificado la propia conciencia mesiánica. No es que hubiese experimentado una verdadera tentación de poder político, sino que en su oración al Padre quería priver de su poder a las potencias del mal y, sobre todo, profundizar ante Dios en la dimensión espiritual de su misión. Es su lucha por romper el binomio Mesías-Rey que estaba en la esperanza colectiva del pueblo. Jesús no manifestará su condición regia hasta el momento de su Pasión, cuando ante Poncio Pilato sea presentado como un condenado enemigo del pueblo. Entonces hablará con claridad y sin peligro de que sus palabras resulten ambiguas:

Respondió Jesús: «Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí.» Entonces Pilato le dijo: «¿Luego tú eres Rey?» Respondió Jesús: «Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz. (Jn 18,36-37)

Seguro que ha orado también por los discípulos, por su fe y perseverancia y, sobre todo, por la pureza de su fe en Jesús. Ésta es su mayor preocupación.

3.4. La confesión mesiánica de Pedro

Y sucedió que mientras él estaba orando a solas, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Lc 9,18).

San Lucas trae esta escena inmediatamente después de la multiplicación de los panes, a diferencia de Mateo y Marcos, que sitúan en otro momento lo que en Lucas es inmediato: multiplicación de los panes-oración de Jesús-confesión de Pedro.

Este momento tenía que llegar. Jesús tenía que plantear a los discípulos el acto de fe. Habían sido testigos de numerosos prodigios, habían asistido al sermón de la montaña, que es como el acta del Reino de Dios. Debían confesar su fe en Jesús y, sobre todo, qué clase de fe. La pregunta ***¿Quién dice la gente que soy yo?*** es una introducción a la que vendrá después: ***Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?***

Leamos el pasaje entero según San Mateo, que contiene los siguientes elementos:

- La pregunta sobre quién es Jesús.
- La respuesta de Pedro.
- La promesa del primado a Pedro.
- El anuncio de la Pasión.
- El rechazo de Pedro
- La reconvencción de Jesús:

Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas.» Dícele él: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.» Entonces mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era el Cristo. Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres! Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16,13-24).

Así, pues, sabemos por San Lucas que antes de este momento clave Jesús está en oración. ¿Qué es lo que ora en Cesarea de Filipo? Tampoco esta vez se nos dice cuál es el contenido de su oración; pero está claro que el evangelista quiere sugerir una relación entre la pregunta de Jesús a sus discípulos y la oración que le acaba de preceder. Pedro está en disposición de confesar su fe en nombre de los Doce; pero ¿de qué fe se trata? Jesús quiere impedir que los discípulos, al reconocer en Él al Mesías, se inclinen por una visión política. Que existe ese peligro lo prueba la reacción de Pedro en el primer anuncio de la Pasión. Pedro se muestra indignado: *Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso (v.22)*. Para Jesús, la incomprensión de Pedro es como una repetición de la tentación del desierto; y la reacción de Jesús es también semejante a la de entonces: *¡Quítate de mi vista, Satanás! Escándalo eres para mí (v. 23)*. Es una expresión dura, una de las más duras que conocemos de Jesús. Pero revela la seriedad de la situación. Por eso la oración de Jesús debió ser muy intensa, porque estaba en juego el significado religioso de su mesianismo.

Este modo de desarrollarse los acontecimientos explica por qué hace Jesús en este momento el primer anuncio de su Pasión: resultaba conveniente, para purificar la fe de sus discípulos, desvelarles el destino trágico que le esperaba, y hacerlo en un contexto mesiánico. Las profecías sobre el Siervo de Yavé, que expía los pecados del pueblo, estaban prácticamente olvidadas. Y los caminos previstos por Dios eran completamente distintos a las expectativas de su pueblo.

Hay un detalle que no ha podido pasar desapercibido a los estudiosos: Según dice San Lucas, *Jesús estaba orando solo*; pero a renglón seguido añade: *sus discípulos estaban con él*. Según los Padres de la Iglesia, aquí se trata de la soledad del corazón. San Beda, por ejemplo, siguiendo a San Ambrosio, dice:

Los discípulos estaban con el Señor y lo seguían en el camino, como hace notar Marcos. Pero él oró al Padre solo, porque los santos pueden estar unidos a Dios en una comunión de fe y de amor. Si no estoy equivocado, en ninguna parte se dice que haya orado con los discípulos. Al contrario, en todas partes ora solo, porque los deseos del hombre no pueden llegar a comprender los designios de Dios. Nadie puede llegar a ser partícipe con Cristo de este misterio interior (BEDA, In Luc. Ev. Exp.).

La soledad de Jesús es precisamente esa: que lo que se espera de Él es diametralmente opuesto a lo que espera su Padre. La reacción de Pedro se lo confirma: queda todavía un largo camino que recorrer en la educación de sus discípulos. Éstos, ni tan siquiera los íntimos, no acabarán de comprenderlo todo hasta Pentecostés.

3.5. La Transfiguración en el Tabor

Esta escena es narrada por Mateo, Marcos y Lucas, pero, como sucede en otras ocasiones, sólo Lucas dice que en ese momento Jesús estaba en oración:

Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante (Lc 9,28-29).

Para comprender bien el sentido de la “Transfiguración” de Jesús hay que situarse en el telón de fondo de los acontecimientos que le preceden. Es necesario, ante todo, recordar que, tras la confesión

mesiánica de Pedro, Jesús había predicho por primera vez su pasión. Así como la necesidad para los discípulos de ser partícipes de la misma: ***El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga*** (Lc 9,22). En el versículo 28, Lucas dice ***unos ocho días después***; pero, en su evangelio, el relato de la Transfiguración viene inmediatamente después del primer anuncio de la Pasión. Por eso, esta glorificación de Jesús, en presencia de tres de sus discípulos, debía tener sin duda la finalidad de fortalecer su fe tras el anuncio que les había hecho de su pasión y muerte y tras la invitación que les había dirigido a llevar la cruz con Él.

Este anuncio tenía que resultar demasiado duro para los discípulos. Su fe y su confianza en Jesús se ponían fuertemente a prueba. Por eso, la visión anticipada de la gloria pascual debía servirles de ayuda. La perspectiva de la glorificación del Señor y de la plena manifestación del reino de Dios debía darles el valor y la fuerza necesarios para ir al encuentro de la cruz.

Así lo expresa el Prefacio de la Misa de la Fiesta de la Transfiguración

*(...) les dio a conocer en su cuerpo,
en todo semejante al nuestro,
el resplandor de su divinidad.
De esta forma, ante la proximidad de la Pasión,
fortaleció la fe de sus apóstoles,
para que sobrellevaran el escándalo de la cruz.*

También en la fiesta de la Transfiguración, la Liturgia de las Horas propone la siguiente lectura:

Después de haberles hablado, mientras iba con ellos, acerca del Reino y de su venida gloriosa, teniendo en cuenta que quizá no estaban muy convencidos de lo que les había anunciado acerca del Reino, y deseando infundir en sus corazones una firmísima e íntima convicción, de modo que por lo presente creyeran en lo futuro, realizó ante sus ojos aquella admirable manifestación (“theophaneian”, teofanía), en el monte Tabor, como una imagen prefigurativa del reino de los Cielos” (San Anastasio).

El suceso del Tabor es, por tanto, una prefiguración de la glorificación futura de Jesús en el misterio pascual y en la Parusía:

Os hemos dado a conocer el poder y la Venida de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con nuestros propios ojos su majestad. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: «Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco.» Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo (2 Pe, 1,16-18).

Si tenemos presentes estos elementos, podremos comprender mejor por qué dice San Lucas explícitamente que Jesús en ese momento estaba en oración. Incluso se puede decir que presenta la Transfiguración de Jesús como una irradiación de su oración.

La voz celeste que se dirigió a los discípulos es como un eco de la que habló a Jesús en el Jordán, también allí mientras estaba en oración. Después del bautismo oyó:

Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.

Aquí los tres discípulos oyeron:

Este es mi Hijo elegido, escuchadlo (Lc 9,35).

¿Cuál era el contenido de la oración de Jesús en este momento? Aunque el evangelista calla, podemos con facilidad imaginarnos que por parte de Jesús fue una toma de conciencia tan profunda de la propia misión recibida del Padre que ***cambió el aspecto de su rostro y sus vestidos se volvieron de una blancura resplandeciente (v. 29).***

La presencia de Moisés y de Elías tiene una particular fuerza persuasiva: Tanto Moisés, el salvador del pueblo en Egipto, como Elías, el gran profeta misteriosamente arrebatado hacia el cielo, resultan ser prefiguradores del Salvador del mundo que ahora está sentado a la derecha del Padre.

4. La oración de Jesús en la Última Cena

4.1. Las peticiones de Jesús en la Última Cena

4.1.1. La oración por Pedro

La última cena es el momento privilegiado que Jesús ha reservado de modo especial para sus recomendaciones más urgentes a sus discípulos. Aquí se ve que el aspecto apostólico de su oración y lo que podía llamar su aspecto místico están intrínsecamente unidos entre sí. El objetivo de la oración de Jesús en este momento supremo es, sin duda, hacer partícipes a sus discípulos –y a todos los cristianos y a todos los hombres– del misterio de la propia vida. Jesús ora para que los discípulos puedan conocerle más profundamente, acepten su mensaje mesiánico en su auténtico significado, vivan en la verdad y crezcan en la fe y en el amor recíproco, y sean así sus testigos y cooperen en la instauración del reino de Dios.

La preocupación de Jesús por la fe de sus discípulos, que ya hemos visto antes, la volvemos a encontrar en la vigilia de su pasión y muerte. Los discípulos han permanecido hasta ahora fieles en medio de todas las dificultades, pero ahora llega el momento de la tentación más grave. Para Pedro, especialmente, se acerca el momento en que su fidelidad será puesta a dura prueba. En su oración Jesús piensa, sobre todo, en Pedro, porque sabe que dentro de poco éste no tendrá el valor de dar testimonio de él. Lucas nos relata no sólo el hecho, sino también las palabras de Jesús:

«¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos.»
(Lc 22,31-32)

Aquí se dice expresamente que Jesús ora por la fidelidad de Pedro, pero también para que Pedro, con su fe purificada, confirme a los demás discípulos. Las palabras **cuando hayas vuelto**, es decir, una vez convertido, son una alusión delicada a la negación de Pedro y, al mismo tiempo sugieren un arrepentimiento sincero que le seguirá. Más que una falta de fe, la caída de Pedro será una falta de valor para testimoniar la propia fe en el Señor. En su comentario a este texto de Lucas, escribe Beda:

Cuando ora por Pedro, el Salvador no pide que Pedro no sea tentado, sino que no decaiga su fe, o sea que, tras la caída y la negación, se levante con el arrepentimiento y vuelva así a su estado anterior (In Lucae Evangelium expositio, 6).

Y San Juan Crisóstomo escribe:

No he rogado para que no me niegues, sino para que no desfallezca tu fe (Hom sobre S. Mateo, 82, 3).

Y Teofilacto añade:

Porque aunque San Pedro había de sufrir grandes agitaciones, tenía, sin embargo, escondida la semilla de la fe (...) y prosigue: “Y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos”, como diciendo: “Después de que me hayas negado, llorarás y te arrepentirás, confirma entonces a tus hermanos, puesto que te he constituido jefe de los Apóstoles: esto es lo que te toca a ti, que eres justo conmigo la fortaleza y piedra de mi Iglesia”. Esto debe entenderse no sólo respecto a los discípulos que estaban allí presentes, para que fuesen fortalecidos por Pedro, sino también respecto de todos los fieles que hasta el fin del mundo habrán de existir (Enarratio in Evangelium Lucae, in loc.).

Como podrá deducirse de todos estos comentarios, estamos, en el versículo 32, ante unas palabras de Jesús de largo alcance en la teología dogmática, concretamente en la infalibilidad del Romano Pontífice:

Esta infalibilidad, que el divino Redentor quiso que tuviese su Iglesia cuando define la doctrina de la fe y de las costumbres, se extiende a cuanto abarca el depósito de la Revelación, que debe ser custodiado santamente y expresado con fidelidad. El Romano Pontífice, cabeza del Colegio Episcopal, goza de esta misma infalibilidad en razón de su oficio, cuando, como supremo Pastor y Doctor de todos los fieles, que confirma en la fe a sus hermanos, proclama de forma definitiva la doctrina de la fe y costumbres (CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n. 25).

4.1.2. La petición por el envío del Espíritu Santo

En este último encuentro con los suyos, Jesús les promete cinco veces que les enviará el Espíritu Santo (Jn 14,15-16; 14,25-26; 15,26-27; 16,8; 16,13-14). Ya la primera promesa muestra claramente que el objeto de su oración es la efusión del Espíritu Santo:

Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad (Jn 14,15-17 a)

Jesús promete a sus discípulos que pedirá al Padre que envíe el Espíritu sobre ellos. Cuando Jesús se vaya, el Espíritu Santo estará con los discípulos para protegerlos en los momentos de crisis; permanecerá con ellos en los momentos de miedo y de duda. Por eso, el Espíritu es llamado “paráclito” (ayuda, defensa). Como Jesús ha sido la ayuda para los discípulos, así el Espíritu será el “otro” defensor de su fe y será testigo de Jesús en su corazón. Por eso dice Jesús que es mejor para ellos que se vaya:

Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré (Jn 16,7).

La función del Espíritu Santo es doble: con su testimonio interior en el corazón de los discípulos, iluminará su conciencia íntima en medio de las persecuciones y de la oposición del mundo y, al mismo tiempo, los confirmará en su fe. En su comentario a este pasaje, Eutimio Zibageno emplea una expresión muy rica:

Él dará testimonio de mí, –dice Jesús–, resplandeciendo en vuestros corazones para daros una convicción de fe más perfecta (In Iohannem, 16)

La fe debe resplandecer, ser luz en el corazón de los discípulos. Esa fe será también fuerte y fiel, porque, junto con la luz y el esplendor, el Espíritu dará a los discípulos la convicción y la fuerza.

El que concede el “don del Espíritu Santo” a los discípulos es el Padre, por medio de la oración de Jesús, o, como se dice a continuación, lo da Jesús mismo:

Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad que yo os enviaré y procede del Padre (Jn 15,26).

Se ve aquí una perspectiva trinitaria del misterio de la salvación. El “don del Espíritu” que Jesús pide en la oración, es el Espíritu del mismo Jesús que es dado a la Iglesia. De esta forma, Jesús permanecerá siempre presente en su Iglesia, y su Espíritu seguirá siempre en ella. Ese es también el sentido profundo del doble símbolo de la sangre y el agua que salen del costado traspasado de Jesús (cf Jn 19,34). La sangre es símbolo de la oblación íntima de Jesús al Padre, que estará continuamente presente para los creyentes en el agua del Espíritu. Así, también nosotros, hoy, participamos de las disposiciones interiores del Señor en la cruz.

La oración de Jesús, en estas últimas horas antes del don total de sí mismo al Padre, tiene la finalidad de hacer partícipes de su misterio íntimo a los discípulos. Por eso, el Espíritu

Los iluminará para que puedan entender la verdad completa (Jn 16,13).

Les hará conocer en lo más íntimo la misión, la palabra y la persona de Jesús:

El Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recordéis todo lo que yo os he enseñado y os lo explicará todo (Jn 14,26).

Sólo a partir de esta fe consolidada e iluminada, los discípulos podrán ser enviados al mundo y podrán decir, con las palabras de la 1ª carta de San Juan:

Esta es la fuerza victoriosa que ha vencido al mundo, nuestra fe (5,4).

Jesús ha asegurado la asistencia divina a su Iglesia para siempre. Él mismo permanecerá con ella hasta el fin del mundo (cr Mt 28,20). Este es el objeto y el fruto de su oración en la Última Cena. Con gran claridad lo explicó el Papa Pablo VI en el discurso de apertura de Concilio Vaticano II:

Porque, como sabemos, dos son los elementos que Cristo ha prometido y otorgado, aunque diversamente, para continuar su obra: el apostolado y el Espíritu. El apostolado actúa externa y objetivamente; forma el cuerpo, por así decirlo, material de la Iglesia, le confiere sus estructuras visibles y sociales, mientras el Espíritu Santo actúa internamente, dentro de cada una de las personas, como también sobre la entera comunidad, animando vivificando, santificando (n. 3).

4.2. La oración sacerdotal

San Juan concluye el discurso de despedida de Jesús en el capítulo 17 con la llamada “oración sacerdotal”. Aquí llegamos a la cúspide de lo que se nos revela en los evangelios sobre la oración de Jesús. Aunque no todos los versículos están formulados en forma de oración, podemos hacer el siguiente esquema del capítulo:

- Jesús ora por su propia glorificación (vv 1-5)
- Jesús ora por sus discípulos (vv 6-19)
- Jesús ora por todos los creyentes (vv 20-23)
- Oración final (vv 24-26).

4.2.1. Jesús ora por su propia glorificación

Después de la cena, en el momento más solemne de este último encuentro con sus discípulos, Jesús se dirige al Padre. Ha llegado su “hora”: la hora de su pasión y muerte, pero también de su glorificación. Él ha cumplido su misión mesiánica aquí en la tierra para la glorificación de su Padre. Ahora puede orar así:

Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti (v. 1)

Ahora, Padre, glorifícame con aquella gloria que ya compartía contigo antes de que el mundo existiera (v. 5).

Al principio y al final de esta primera parte, vuelve la misma petición. Aunque las últimas palabras del versículo 5 pudieran darlo a entender, en realidad esta glorificación por la que Jesús ora no es una simple vuelta a la preexistencia del Verbo eterno antes de la Encarnación. La novedad de la inminente glorificación de Jesús en el acontecimiento pascual está en que, de ahora en adelante, también su “carne”, su humanidad, será transformada para transparentar la vida filial. Él será glorificado después de haber cumplido su misión mesiánica. La última realización del reino de Dios es la glorificación de Jesús, para que la gloria del Hijo (de la que participa su humanidad) abarque a todos los hombres.

Éste es el fin último de su misión: Ésta es la vida eterna por la que ora:

Tú (Padre) le diste (al Hijo) poder sobre todos los hombres, para que él de la vida eterna a todos los que tú le has dado (v. 2).

Por tanto, la oración de Jesús por su glorificación no afecta sólo a él mismo, no es sólo una oración “personal”, si se nos permite usar este término, sino que es, sobre todo, una oración mesiánica: abarca la salvación de todos los hombres y el cumplimiento del reino de Dios.

Esta oración por la glorificación es típicamente joánica y característica de la teología del cuarto evangelio por la “anticipación escatológica” que contiene. Según Juan, la vida eterna no está reservada exclusivamente al futuro, al más allá, sino que está ya presente aquí, en la tierra, en la fe cristiana:

La vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado (v. 3).

Por eso, Jesús al final ora también para que todos los hombres participen, por medio de la fe en él, en el conocimiento existencial de la paternidad de Dios.

4.2.2. Jesús ora por sus discípulos

También para los discípulos ésta es la hora privilegiada y solemne del último encuentro con su Maestro: la hora de la manifestación del amor de Jesús “hasta el final” en la Eucaristía y del anuncio del “mandamiento nuevo” del amor mutuo. En esta hora de la separación, Jesús dirige al Padre una oración especial y solemne por ellos. Éstas son sus palabras:

Yo te ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado; porque te pertenecen (v. 9).

Jesús no se niega a orar por el mundo; pero, en este momento especial, su oración se refiere exclusivamente a los apóstoles, y contiene tres peticiones específicas al Padre:

- La unión en la fe
- La defensa del maligno
- La santidad

Veamos detalladamente cada una de estas peticiones.

La primera petición es ésta:

Padre santo, guárdalos en tu nombre [el nombre] que me has dado para que sean uno, como tú y yo somos uno (v. 11b).

El factor de unidad entre los discípulos es su fe en el nombre del Padre, y el paradigma o modelo de esa unidad es la que existe entre el Padre y el Hijo, es decir la que existe entre las tres Personas divinas. San Cipriano describe a la Iglesia precisamente como unidad, con una frase realmente lapidaria:

In unitate Patris, et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata: Un pueblo reunido en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (De dominica oratione).

A los discípulos les esperan muchas pruebas y luchas (cf Mt 10,16-31), y no se librarán del sufrimiento, como tampoco se ha librado su Maestro; pero Jesús ora para que sean defendidos del maligno:

No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno (v.15).

“Mundo”, en la Sagrada Escritura, tiene varias acepciones. La primera designa el conjunto de la creación (Gen 1,1ss), y dentro de ella, la humanidad, los hombres, a quienes Dios ama entrañablemente (Prv 8,31). En este contexto se entiende el ruego del Señor: “No te pido que los saques del mundo”:

Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yavé lo miró y vio que era bueno (cfr Gen 1,7ss). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios (Beato Josemaría Escrivá, Conversaciones, n. 114).

En segundo lugar, “mundo” indica los bienes de la tierra, de suyo caducos y que se pueden presentar en oposición a los del espíritu (cf Mt 16,26).

Finalmente, porque los hombres malos han sido esclavizados por el pecado y por el demonio, “príncipe de este mundo” (Jn 12,31; 16,11), el “mundo” es considerado a veces como enemigo de Dios y contrario a Cristo y a sus seguidores (Jn 1,10). En este sentido el mundo es malo, y por eso Jesús no es del mundo, ni lo son sus discípulos:

No son del mundo, como yo no soy del mundo (v.16)

También a esa acepción peyorativa se refiere la doctrina tradicional, que considera el mundo, junto con el demonio y la carne, como enemigos del alma frente a los cuales hay que estar en constante vigilancia. Esta vigilancia es lo que llamaríamos la dimensión “ascética” de la santidad, que es la tercera petición de Jesús:

Santifícalos en la verdad. Tu palabra es verdad: Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado al mundo; por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad (vv. 17-19).

La santificación que Jesús pide para sus discípulos no es una separación cultural del mundo profano, según la concepción veterotestamentaria. Al contrario, los discípulos son enviados a un mundo pecador. La separación debe darse en su corazón por medio de una continua conversión y una renovación interior.

El único santo es Dios, de cuya santidad participan las personas y las cosas. “Santificar” consiste en consagrar y dedicar algo a Dios, excluyéndolo de los usos profanos: en este sentido Dios dice a Jeremías:

Antes que tú salieras del seno materno no te santifiqué, te constituí profeta para las naciones (Jer 1,5).

La consagración a Dios exige perfección o santidad del don consagrado, a semejanza del sacrificio de Abel el Justo (Plegaria Eucarística I). De ahí que una persona consagrada deba tener la santidad moral, ejercitarse en las virtudes morales. Ambas cosas –consagración y perfección– pide aquí el Señor para sus discípulos, porque las necesitan para su misión sobrenatural en el mundo.

4.2.3. Jesús ora por todos los creyentes (vv. 20-23)

En la tercera parte de la oración sacerdotal se amplía el horizonte. Ahora Jesús mira al futuro. No ora sólo por los apóstoles, sino también por los que un día, por medio de la palabra de los apóstoles, crearán en él y entrarán en el verdadero redil. Por eso se puede hablar aquí de “oración de Jesús por la iglesia”. Como por los apóstoles, Jesús ora por los futuros creyentes para que sean entre ellos una sola cosa, participando en la comunión de vida que existe entre el Padre y el Hijo. Como el Padre y el Hijo están unidos en un mismo conocimiento y en un mismo amor, así también los que crean en Cristo deben ser una sola cosa. La unidad de los cristianos debe ser para el mundo el gran signo que atestigua la verdad del mensaje de Jesús y la autenticidad de su misión mesiánica:

Pero no te ruego solamente por ellos, sino también por todos los que creerán en mí por medio de tu palabra. Te pido que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros y el mundo crea que me has enviado (vv. 20-21).

Para la mentalidad moderna, esta oración de Jesús por la Iglesia presenta una gran paradoja. Jesús quiere que el reino de Dios se instaure en el mundo y, sin embargo, no ruega directamente por su difusión por medio del apostolado y la actividad misionera. Ora, ante todo, por la santificación de los suyos, más que por su actividad apostólica. Según esta oración, la conversión del mundo no se realizará tanto por la predicación del Evangelio como por el testimonio del amor mutuo y la unidad entre los cristianos. Sin la santificación del apóstol no se puede hablar de misión apostólica, sino, a lo sumo, de propaganda. El ***que todos sean uno*** es para que ***el mundo crea***.

4.2.4. Oración final (vv. 24-26)

Después de haber echado una mirada a su misión mesiánica, cumplida en la tierra para gloria del Padre, a la elección de los apóstoles y a su mandato de predicación en el mundo, Jesús pone ahora la atención en la fase conclusiva del largo camino: la gloria en la casa del Padre. He llegado el momento de volver al Padre, y desea que también todos sus discípulos estén donde el Padre, junto con Él.

Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo (v. 24).

Llama la atención el cambio de verbo. Hasta ahora, Cristo viene diciendo: ***ruego, pido***. Aquí, en cambio, dice: ***yo deseo***. Expresa que está pidiendo lo más importante, que coincide con la voluntad del Padre, que ***quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*** (cfr. 1 Tim 2,4). Pide que la unión de los discípulos, iniciada aquí en la tierra por medio de la fe se pueda completar en el cielo con la visión beatífica.

Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo, en cambio, te conozco y todos estos han llegado a reconocer que tú me has enviado. Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos (vv. 25-26)

En estos dos versículos se encuentra la esencia de la revelación. La *revelación* es una noción básica para nosotros, porque el cristianismo es el resultado no del esfuerzo de la criatura humana para conocer a su creador, sino el fruto de una búsqueda y *desvelamiento* por parte de Dios a las que Él mismo creó capaces de conocerle. La revelación que Dios ha hecho de Sí mismo por Jesucristo nos introduce en la participación de la vida divina que culminará en el cielo:

Sólo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de Sí mismo, revelándose a Sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados a participar por la gracia, aquí en la tierra, en la oscuridad de la fe, y, después de la muerte, en la luz sempiterna (PABLO VI, Credo del Pueblo de Dios, n. 9)

Esta revelación es un *abajamiento* de Dios a categorías asequibles por nosotros. Lo veremos más adelante cuando estudiemos el himno de San Pablo en la carta a los Filipenses. Según la tesis de un teólogo, la búsqueda del hombre por parte de Dios se produce en lo que podríamos llamar los “cuatro movimientos de Jesús en el misterio de la Salvación”: Jesús viene del Padre (descenso); está con sus discípulos, vuelve al Padre; viene de nuevo a la Iglesia después de la Pascua y al final de los tiempos. No vuelve sólo en el momento de la Parusía. De hecho, ha prometido en la Última Cena: ***Yo me voy, pero volveré a vosotros***. Es la misteriosa presencia de Cristo en la Iglesia y en todos los creyentes (Cf. V. PASQUETTO, *Encarnación y comunión con Dios*).

5. La oración de Jesús en la Cruz

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23,34)

Mientras que la oración de petición de Jesús durante su vida pública es, sobre todo, oración por su misión mesiánica y por la fidelidad de sus discípulos, la que pronuncia en la cruz tiene una dimensión que abarca a todos y a todo. Jesús pide que sean perdonados los que le han crucificado. Es algo completamente nuevo en la historia de las religiones. Ni tan siquiera en la tradición religiosa y oracional de Israel encontramos indicios de este tipo. Los pueblos primitivos no oraban nunca por sus enemigos. En los salmos se habla a menudo de los enemigos, pero la mayoría de las veces es para maldecirlos e invocar el castigo de Dios sobre ellos. A veces, las imprecaciones son tremendas, aunque no deben tomarse al pie de la letra: en parte se explican por el lenguaje metafórico de los orientales. Veamos algunos ejemplos:

*¡Oh Dios, rompe sus dientes en su boca,
quiebra, Yahveh, las muelas de los leoncillos.
¡Dilúyanse como aguas que se pasan,
púdranse como hierba que se pisa,
como limaco que marcha deshaciéndose,
como aborto de mujer que no contempla el sol!
¡Antes que espinas echen, como la zarza,
verde o quemada, los arrebate el torbellino!
Se alegrará el justo de haber visto la venganza,
sus pies bañará en la sangre del impío;
y se dirá: «Sí, hay un fruto para el justo;
sí, hay un Dios que juzga en la tierra.» (Sal 58, 7-12)*

*¡Hija de Babel, devastadora,
feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste,
feliz quien agarre y estrelle
contra la roca a tus pequeños! (Sal 137,8-9)*

La Antigua Alianza está en la línea de una justicia rigurosa: *Ojo por ojo, diente por diente (Lev 24,20)*. El mandamiento del amor llegará a su maduración sólo con Cristo. Para Israel, el hecho de vivir en un régimen teocrático tenía como consecuencia que la hostilidad contra el pueblo elegido era considerada como hostilidad contra Dios; todas las guerras eran, por definición, guerras de religión. En los Salmos, por ejemplo, más que sentimientos de venganza, se expresan sentimientos de justicia y de celo por la causa de Dios. Y, de ordinario, el salmista, deja a Dios el castigo de la injusticia. A pesar de ello, se está todavía muy lejos de la mansedumbre evangélica y de la disposición a perdonar.

El propio Jesús ha resumido el espíritu de la antigua alianza con estas palabras:

Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo (Mt 5,43).

Es el espíritu del judaísmo de aquel tiempo. Entonces se mandaba todavía odiar a los malvados; y las dieciocho bendiciones –la oración oficial que todos los judíos estaban obligados a recitar diariamente– contenían duras maldiciones, al estilo de los salmos de imprecación.

Es verdad que también encontramos, tanto en la Biblia como en la literatura judía posterior, algunos textos en que se recomienda una actitud de bondad, el perdón y la oración por los que nos hacen el mal, pero se trata de raras excepciones:

Abordóle Abraham y dijo: «¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Es que vas a borrarlos, y no perdonarás a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro? (Gen 18,23-24).

Así que tomad siete novillos y siete carneros, id donde mi siervo Job, y ofreced por vosotros un

holocausto. Mi siervo Job intercederá por vosotros y, en atención a él, no os castigaré por no haber hablado con verdad de mí, como mi siervo Job.» (Job, 42,8).

En cambio, en la enseñanza de Jesús, el amor a los enemigos es una de sus características más típicas:

Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas.» (Mc 11,25).

Ver también Mt 5,44; 18,21-35; Lc 6,27-28.

Él mismo nos ha dado ejemplo con su actitud con Judas y Malco cuando los enemigos se apoderaban de él para llevarlo a la muerte:

Todavía estaba hablando, cuando se presentó un grupo; el llamado Judas, uno de los Doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para darle un beso. Jesús le dijo: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!» Viendo los que estaban con él lo que iba a suceder, dijeron: «Señor, ¿herimos a espada?» y uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le llevó la oreja derecha. Pero Jesús dijo: «¡Dejad! ¡Basta ya!» Y tocando la oreja le curó (Lc 22,47-51).

Pero la actitud de amor y disposición al perdón alcanza su cumbre en la oración que Jesús dirige al Padre por el perdón de los que le han crucificado:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 22,34).

¿Quiénes son aquellos para los que Jesús pide el perdón? No se especifica; pero, sin hacer una exégesis demasiado aventurada, del contexto se pueden sacar algunas conclusiones. Aquí Jesús no se refiere sólo a los soldados romanos, que le han clavado en la cruz. Tampoco se refiere únicamente a los responsables de su condena a muerte, o sea los jefes del Sanedrín, que han obrado por celos y fanatismo religioso. Está refiriéndose al pueblo judío, que ha seguido a sus jefes en el rechazo a Jesús (**Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11)**), y, con el pueblo judío, a todos los hombres que con su pecado rechazan conscientemente a Cristo.

¿Podía decir Jesús, sin engañarse, que no sabían lo que hacían? Eso, en definitiva, es un secreto de los corazones. Pero en la práctica, es verdad que no eran plenamente conscientes de lo que estaba sucediendo. Por otra parte, tampoco se puede minimizar su responsabilidad. Habían dado prueba de ceguera, y precisamente por eso –como también por sus muchos prejuicios– no estaban en grado de comprender su culpa. En otros pasajes de los Evangelios se describe la incredulidad de los judíos, sobre todo de los jefes. Todo el capítulo 9 de San Juan (la disputa con los fariseos sobre la curación del ciego de nacimiento) está marcado por este tema y termina con la respuesta de Jesús a los fariseos: **Si estuviéseris ciegos, no seríais culpables; pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece (Jn 9,41)**. La condena a muerte de Jesús no se puede considerar como un hecho accidental; fue un hecho decisivo.

Y sin embargo, en su oración en la Cruz, Jesús no lo tiene en cuenta. Una de las características del amor es no condenar a los otros, por muy malos que sean, sino saber descubrir siempre en ellos algo de bueno, y encontrar alguna razón para disculparlos y tener misericordia.

Esta actitud ejemplar de Jesús está en el origen de la disposición para el perdón tan generosa y magnánima de los primeros cristianos:

Ya sé yo, hermanos, que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes (He 3,17).

Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu.» Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado.» Y diciendo esto, se durmió (He 7,59-60).

Los habitantes de Jerusalén y sus jefes cumplieron, sin saberlo, las Escrituras de los profetas que se leen cada sábado (He 13,27).

Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres: en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza: yo daré el pago merecido, dice el Señor (Rom 12,14-19).

Desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran

crucificado al Señor de la Gloria (1 Cor, 2,8).

No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición (1 Pe 3,9).

El amor cubre el mal, lo supera. Ya en el Antiguo Testamento, en el profeta Isaías, se habían atribuido a Dios estos sentimientos de perdón: *Volviste la espalda a mis pecados (Is 38,17)*; y Dios ha hecho como si no existiesen más. En esta línea hay que entender la oración de Jesús por sus perseguidores. No quiere ser un juez severo, porque es misericordioso. Aunque los que le han crucificado tengan culpa, no la tiene en cuenta y hace como si no existiera.

El gran deseo que ardía en el corazón de Jesús era el de instaurar y difundir el reino de Dios: así hay que entender el siguiente anhelo:

He venido a prender fuego a la tierra; y ¡cómo desearía que ya estuviese ardiendo! (Lc 12,49).

De este impulso mesiánico brota su oración de petición. Toda su vida pública, hasta la muerte, está sostenida y apoyada por el pensamiento del reino. Todo lo ve desde esta perspectiva mesiánica. Vive sólo para el Padre y para la instauración del reino y, cuando pide algo para sí, espontáneamente su oración se convierte en manifestación de alabanza y agradecimiento, o de abandono a la voluntad amorosa del Padre.

Hay que hacer notar también que la oración de petición de Jesús al Padre no es como la de los hombres, o sea, una oración hecha con insistencia o una petición tímida y humilde. Al contrario, la oración de Jesús es una invocación llena de confianza gozosa, deseo y querer de un hijo, seguro de ser escuchado, como si apelara a un derecho connatural.

6. La voluntad del Padre en la oración de Jesús

Hasta ahora hemos estudiado *aquello* que Jesús pide en su oración, es decir, lo relacionado con su misión salvadora, mesiánica. En este capítulo vamos a estudiar el fundamento de su oración: que se cumpla la voluntad de Dios. Veremos a Jesús como el *Siervo* y como el *Hijo*; pero antes describiremos la vivísima conciencia que tenía Jesús de haber venido a cumplir la voluntad de Dios.

6.1. La Voluntad de Dios en la Encarnación

Para el pueblo judío lo más importante y el camino de la felicidad era cumplir la voluntad de Dios, como dice el salmo 40:

*Ni sacrificio ni oblación querías,
pero el oído me has abierto;
no pedías holocaustos ni víctimas,
dije entonces: Heme aquí, que vengo.
Se me ha prescrito en el rollo del libro
hacer tu voluntad.
Oh Dios mío, en tu ley me complazco
en el fondo de mi ser (Sal 40, 7-9).*

Este texto es importante porque demuestra que cumplir la voluntad de Dios es algo más que cumplir las prescripciones rituales; pero tiene una importancia añadida porque en el Nuevo Testamento lo recoge la Carta a los Hebreos precisamente para explicar la Encarnación del Verbo:

*Por eso, al entrar en este mundo, dice:
Sacrificio y oblación no quisiste;
pero me has formado un cuerpo.
Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron.
Entonces dije: ¡He aquí que vengo
-pues de mí está escrito en el rollo del libro-
a hacer, oh Dios, tu voluntad! (Heb 10,5-7).*

La carta a los Hebreos ve la Encarnación (*me has formado un cuerpo*) como la disponibilidad de Cristo para el cumplimiento de la voluntad de Dios, voluntad que, paradójicamente, va a ser un sacrificio por los pecados (*sacrificios por el pecado no te agradaron*). Toda la vida terrena será un único acto de obediencia

al Padre, en el cual, el sacrificio de la Cruz será la culminación.

La voluntad del Padre en la conciencia de Jesús aparece regularmente en los Evangelios; pero sobre todo en el de San Juan. De los textos que ahora veremos se desprende que el cumplimiento de la voluntad del Padre no era para Jesús una necesidad de aceptar y sufrir, ni tampoco una ejecución pasiva de lo que le era prescrito y encomendado. Su obediencia iba acompañada de una voluntad de obrar y lo impulsaba a un comportamiento activo. Él ha hecho suya la voluntad de Dios, identificando con ella su propia vida y proponiéndosela como única tarea:

Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cumplimiento su obra (Jn 4,34)

No busco mi voluntad, sino la del que me ha enviado (Jn 5,30)

He bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me ha enviado (Jn 6,38).

Yo hago siempre lo que le agrada (Jn 8,29).

Mientras es de día, debemos realizar las obras del que me envió (Jn 9,4).

Por eso, en el momento de su último suspiro en la cruz, proclama solemnemente que ha llevado a cumplimiento toda la obra que el Padre le había confiado:

Todo está cumplido (Jn 19,30).

En San Mateo encontramos un texto que ilustra el celo del Señor por la voluntad del Padre:

Todavía estaba hablando a la muchedumbre, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él. Alguien le dijo: «¡Oye! ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte.» Pero él respondió al que se lo decía: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre. (Mt 12,46-50).

No debemos buscar en este episodio ninguna clase de desprecio de Jesús hacia su Madre. Aparte de que Ella fue modelo de cumplimiento de la voluntad de Dios, lo que manifiesta aquí Jesús es una soberana independencia para cumplir su misión, como ya lo hizo en su adolescencia en el Templo (cf Lc 2,49). El que hace la voluntad del Padre celestial es considerado por Jesús como de su propia familia. Por eso, aun sacrificando los sentimientos naturales de la familia, deberá abandonarla cuando se lo pida el cumplimiento de la misión que el Padre le ha confiado.

Aquí aparece de nuevo el problema ya tratado en la oración de petición de Jesús: ¿Podía Jesús orar por el cumplimiento de la voluntad de Dios cuando, como Hijo de Dios, estaba tan íntimamente unido al Padre? Él no tenía necesidad de buscar la voluntad del Padre:

Ninguno conoce al Padre sino el Hijo (Mt 11,27).

Yo y el Padre somos una sola cosa (Jn 10,30).

No tenía que vencer ninguna resistencia:

Yo hago siempre las cosas que le agradan (Jn 8,29).

Para resolver este problema, el dogma cristológico recurre a la doble naturaleza y a la doble voluntad de Cristo. Dice Santo Tomás:

Si en Cristo existiese una voluntad única, o sea la divina, de ninguna manera se le podría atribuir la oración, porque la voluntad divina es capaz por sí sola de hacer lo que quiere, según lo que quiere, según las palabras del salmista: “Todo lo que quiere, el Señor lo hace” (Sal 135,6). Pero como en Él hay dos voluntades –la divina y la humana–, y la voluntad humana no es capaz de realizar por sí misma lo que quiere sin recurrir al poder divino; por eso, Cristo, como hombre dotado de una voluntad humana, podía orar (Suma Teológica, III, 21, 1, resp.).

6.2. El himno de alabanza al Padre (Lc 10,21-22 y Mt 11,25)

La disposición de Jesús de orientar todo a Dios, a la voluntad del Padre, se observa en este magnífico himno de alabanza:

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»

Los setenta y dos discípulos han vuelto llenos de alegría de su primer viaje misionero. Han curado enfermos y han ejercitado su poder contra animales peligrosos y hasta contra los demonios (Lc 10,17). Se vivía en una época en que las potencias misteriosas de los infiernos dominaban todavía en todas partes e infundían gran temor. Por eso, los discípulos se sienten orgullosos como niños: han conseguido una clara victoria contra el reino de Satanás. Por eso les dice Jesús: *He visto a Satanás cayendo desde el cielo como un rayo* (Lc 10,18). Pero inmediatamente después, rectifica su intención y les propone purificar su alegría enderezándola en un sentido más sobrenatural: *Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan, alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo* (v. 20).

El motivo de la alabanza de Jesús parece ser doble: ante todo, la difusión del reino de Dios, testimoniada por los discípulos a la vuelta de su misión; después, la voluntad del Padre de revelar los secretos del reino sólo a los pequeños y sencillos. El reino de Dios y la voluntad del Padre son los dos polos que han atraído los pensamientos, los deseos y las oraciones de Jesús. En todo veía siempre al Padre. El Padre era para Él la grande y única realidad en que vivía y a la que quería orientar todo. Así, en este importante pasaje, se ve claramente que Jesús ha juntado, de manera misteriosa, su sumisión al Padre y su vida de Hijo del Padre.

6.3. La oración en el Huerto de los Olivos

En el estudio de este importantísimo episodio vamos a seguir principalmente el texto de San Lucas; pero acudiremos cuando sea necesario a las narraciones de Marcos y Mateo:

Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. Llegado al lugar les dijo: «Pedid que no caigáis en tentación.» Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra. Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; y les dijo: «¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación.»(Lc 22, 39-46)

Es la oración más humana y dramática de Jesús en los evangelios. Aquí, la oración del Siervo llega probablemente a su punto culminante. Comparando los tres sinópticos, se ve que, para describir la agonía de Jesús, cada uno de ellos ha escogido, teniendo en cuenta la propia perspectiva, palabras diferentes. San Lucas habla de *agonía*, de lucha. En la tradición, el término *agonía* ha recibido el significado de la última lucha de la vida con la muerte, y así hablamos de una persona “agonizante”. Pero su sentido originario es el de “lucha” (*agôn*, lugar de combate, competición). En la Iglesia, el término *agonía* se ha hecho tradicional para describir las últimas horas de Jesús. Recordemos también las célebres palabras de Pascal: “Jesús permanecerá en agonía hasta el fin del mundo.

Por su parte, San Marcos afirma que en esta última noche antes de su pasión, Jesús comenzó a sentir pavor y angustia:

Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad.» Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: «¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.» (Mc 14,33-36).

Uno de los mejores comentarios a este dramático episodio es el del P. Luis de la Palma, en su obra *La Pasión del Señor*, que por su extensión no podemos reproducir aquí. Podemos, en cambio, leer este otro comentario del jesuita francés, J. Laplace:

La agonía es una de las escenas más misteriosas de los evangelios. El creyente se debe acercarse a ella con extrema discreción. Aquí, la oración de Jesús se manifiesta en su profundidad, pero también en su sencillez, en su humanidad. Jesús se hunde en el mal de los hombres y se deja aplastar por él. Él es sin pecado y se encuentra en medio del pecado, lo ve avanzar en la persona de sus enemigos que traman su muerte, especialmente en la persona de Judas, que es como la personificación del mal

*[...] Pero Jesús, fortalecido, se levanta y va con firmeza al encuentro de lo que más le repugna. Él, que es justo, va hacia la injusticia; él, que es sin mancha, va hacia la impureza; él, que es bueno, va hacia el odio; él, que es inmortal, va hacia la muerte. Ahí está el éxito de su oración: permanecer con Dios en un mundo de pecado, en el que Dios está ausente, y, de ese modo, dar a Dios al mundo. (J. LAPLACE, *La priere, desir et rencontre*, p. 69).*

Esa “extrema discreción” con que debemos acercarnos a la agonía de Jesús se debe a que estamos ante un misterio profundo: aparece aquí una vez más la condición teándrica (humano-divina) de Jesucristo. No podemos ablandar la narración evangélica para distraernos de la verdadera dificultad que ofrece: en el alma de Jesucristo se produce una resistencia a la muerte: ***aparta de mí este cáliz***, es decir, este sufrimiento. La agonía, la lucha está precisamente en el tránsito de la voluntad humana de Jesús desde su inicial repulsa de la muerte –natural en todo ser vivo- hasta la aceptación de la voluntad del Padre: ***pero no se haga mi voluntad, sino la tuya***.

El escándalo, por muy piadoso que sea, de reconocer en el alma santísima de Jesús cualquier resistencia al sufrimiento, ha dado lugar en la historia de la teología a falsas soluciones. Una de ellas, el monoteletismo, venía a decir que en Jesús no había una voluntad propiamente humana, ya que ésta había sido absorbida por la voluntad divina de la persona del Verbo. Con esta solución no sólo se hace incomprensible el ***sudor de sangre***, sino, y lo que es peor, se pone en peligro la misma salvación humana. Hay entre los Padres de la Iglesia, una afirmación tan rotunda como verdadera: *quod non est assumptum, non est sanatum*, lo que no ha sido asumido, no ha sido salvado. Si Jesús no hubiera sido un hombre perfecto, no hubiera salvado al hombre entero. Jesús es hombre perfecto, con alma racional, entendimiento y voluntad humanos. No olvidemos que la voluntad humana es por sí misma enemiga de la muerte, porque el hombre fue creado por Dios para la inmortalidad, y ***la muerte entró en el mundo por el pecado*** (cf. Rom 5,12).

La obediencia de Cristo al Padre ha sido plenamente humana, con todo el dramatismo del momento de sufrimiento. Desde ese punto de vista, Jesús ha sido como todos los demás hombres, para los cuales el sufrimiento y la muerte son algo extremadamente trágico. Al mismo tiempo, Jesús ha practicado su obediencia al Padre de modo único y personal, en perfecto acuerdo de su voluntad con la del Padre.

Pero si Jesucristo hubiera sido sólo hombre, por muy heroica que hubiera sido su acción, de ninguna manera su oración y su pasión habrían operado la redención del mundo. Su valor redentor depende de que es una persona divina, el Hijo del Padre. Se trata de la obediencia perfecta –a pesar de la lucha, de la agonía- del que es el Hijo. Ésta es la dialéctica de la oración de Jesús en el huerto de los olivos.

Viene aquí espontáneamente la referencia a las palabras de un pasaje de la carta a los Hebreos, en la que la agonía y la oración de Jesús en Getsemaní se presentan con una perspectiva distinta. En la visión teológica de Cristo como sumo sacerdote, característica de esta carta, la oración en Getsemaní no se describe como un relato histórico, sino en su forma esencial:

El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec. (Heb 5,7-10).

6.4. La oración de Jesús en la Cruz

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15,34)

Esta oración de Jesús en la Cruz está tomada del salmo 22. Este salmo, junto con el Canto del Siervo doliente (Is 52,13-53,12) son los pasajes más claramente proféticos de la Pasión en el Antiguo Testamento. Es inevitable pensar que Jesús, en medio de sus suplicios, tuviera presente este salmo y orara con él en sus últimos momentos. Veamos algunas estrofas del mismo:

*Y yo, gusano, que no hombre,
vergüenza del vulgo, asco del pueblo,
todos los que me ven de mí se mofan,
tuercen los labios, menean la cabeza:
Se confió a Yahveh, ¿pues que él le libre,
que le salve, puesto que le ama! (vv. 7-9)*

*Perros innumerables me rodean,
una banda de malvados me acorrala
como para prender mis manos y mis pies.
Puedo contar todos mis huesos;
ellos me observan y me miran,
repártense entre sí mis vestiduras
y se sortean mi túnica. (vv. 17-19).*

A pesar de todo el dramatismo, el salmo termina con un acto de confianza en Dios:

*Porque no ha despreciado
ni ha desdeñado la miseria del mísero;
no le ocultó su rostro,
mas cuando le invocaba le escuchó (v. 25).*

En esta oración hay dos temas para analizar: primero, la expresión *Dios mío*, que como veremos, dio lugar a dos interpretaciones contrarias; segundo la queja de Jesús, *¿Por qué me has abandonado?* Que entraña una dificultad tal que ha dado pie a muchos estudios y diferentes interpretaciones.

6.4.1. “Dios mío”

La expresión *Eloí* es oída por los judíos como *Elías*, o al menos así lo dicen:

Al oír esto algunos de los presentes decían: «Mira, llama a Elías.» (v. 35).

Y vuelven a referirse a Elías después:

Entonces uno fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber, diciendo: «Dejad, vamos a ver si viene Elías a descolgarle.» (v. 36).

Como esta segunda referencia a Elías la hacen con sorna, no cabe duda pensar que *saben que no está llamando a Elías, pero no quieren reconocer que está dirigiéndose a Dios*; y es impensable que no reconozcan el primer verso del salmo 22, que no está, precisamente, dirigido a Elías.

Hubo alguien, sin embargo, que sin ser judío, tradujo correctamente *Eloí*, “Dios mío”:

Pero Jesús lanzando un fuerte grito, expiró. Al ver el centurión, que estaba frente a él, que había expirado de esa manera, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.» (vv. 37.39)

El centurión romano, que quizás no conociera el salmo 22, pero que sería desgraciadamente experto en ejecuciones, sabía de sobra que la hora de la muerte es la hora de la verdad para el condenado, y al “Dios mío” de Jesús responde con el “era Hijo de Dios”.

De todo esto resulta una enseñanza patética: San Marcos, que escribe en griego, desde Roma, para paganos, y transcribe la predicación oral de San Pedro, da a entender que en su último suspiro, el Señor se vio acompañado de la burla de los judíos y la comprensión de un militar pagano.

6.4.2. “¿Por qué me has abandonado?”

El personaje del salmo 22 se siente abandonado por Dios porque está rodeado de enemigos que buscan su muerte. Jesús se siente abandonado por lo mismo. Sabe, desde luego, que Elías no vendrá a salvarle, como oye en son de burla a su alrededor; pero, y sobre todo, sabe que Dios no vendrá a salvarle de la muerte. Es

un gran misterio que el alma de Cristo se sienta abandonada por Dios, siendo como es *uno* con el Padre. A lo largo de la historia de la teología y de la espiritualidad, este sentimiento de abandono de Jesús ha conmovido los corazones y espoleado las inteligencias de los creyentes: ¿Cómo es posible que Jesús se sienta solo si el Padre está siempre con Él?

En la Cruz, ha orado con la expresión *Dios mío* y no *Padre mío*, porque citaba el salmo, pero se ha mantenido en una profunda confianza con el Padre. Si hubiese caído en una tenebrosa desesperación, desdiciéndose de la rendición generosa que la noche anterior había hecho en su oración del huerto, ¿cómo habría podido pedir al Padre por sus enemigos (Lc 23,34)? ¿Cómo habría podido pensar en confiar su Madre a Juan y en darla como Madre a su Iglesia (Jn 19,26-27)? ¿Cómo habría podido decir, con serena certeza, al malhechor arrepentido: ***Hoy estarás conmigo en el Paraíso*** (Lc 23,43)?

Es verdad que, según el relato de San Marcos, la última oración de Jesús fue esta queja, porque, a continuación de la burla de los judíos, dice: ***Pero Jesús lanzando un fuerte grito, expiró*** (Mc 15,37); pero también es verdad que la secuencia completa de lo que sucedió en el Calvario tenemos que construirla a partir de todos los relatos evangélicos, y, según San Lucas, aún pronunció otras palabras, que luego estudiaremos:

Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró (Lc 23,46).

En resumen, a la queja del hombre Jesucristo, que habla en nombre de la humanidad abandonada por Dios tras el pecado, sigue, la confianza del Hijo que pone en manos del Padre esa naturaleza humana que tomó de la descendencia de Adán y que va a pasar a la muerte.

6.4.3. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46)

También esta oración de Jesús en la Cruz está sacada de los salmos:

***Sácame de la red que me han tendido,
que tú eres mi refugio;
en tus manos mi espíritu encomiendo,
tú, Yahveh, me rescatas. (Sal 31,5-6).***

El salmo 31 es la oración del justo en la prueba, y está relacionada con las lamentaciones de Jeremías y con las protestas de Jonás. El justo cuando se ve en peligro, acude a Dios para que le salve de la muerte. Pero aquí, en boca de Jesús, al ir por delante la palabra *Padre* tiene un aire de total y profunda confianza. No es, desde luego, un grito de desesperación. Jesús, que es el Hijo por excelencia, tiene la serena seguridad y confianza de un hijo. Es un grito al Padre para confiarle la propia vida. No es una petición de que le sea salvada la vida, sino una plena aceptación de la muerte. Hasta el soldado romano, que había visto morir tantos malhechores, ha quedado profundamente impresionado de esa actitud y ha exclamado:

Verdaderamente este hombre era justo (Lc 23,47)

6.4.4. “Todo está cumplido” (Jn 19,30)

En el evangelio de San Juan, la última palabra de Jesús es la manifestación del cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios: ***Todo está cumplido***. En la Cruz, Jesús sabía que se había cumplido la Escritura

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: «Tengo sed.» (Jn 19,28).

El evangelista recoge aquí lo que Jesús había dicho al Padre al principio de la “oración de la hora”:

Yo te he glorificado en la tierra, cumpliendo la obra que me encomendaste (Jn 17,4).

Todas las circunstancias de la muerte de Jesús dan testimonio de su total entrega en manos del Padre. Jesús sabía que el Padre lo amaba, precisamente porque había aceptado la muerte:

Por eso me ama el Padre, porque yo ofrezco mi vida, para después tomarla de nuevo (Jn 10,17).

Así, su vida concluye en un confiado abandono; y el fuerte contraste entre sus palabras serenas y los terribles tormentos que sufría aumenta de modo singular la belleza religiosa y la profundidad de esas palabras.

7. La oración del Hijo

7.1. El himno de júbilo de Jesús (Mt 11,25-27)

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»

Esta oración de Jesús ya la hemos estudiado desde la perspectiva del cumplimiento de la voluntad de Dios por Jesús (Pág. 26); pero ahora vamos a acercarnos a ella desde otra perspectiva más profunda: la del diálogo de Jesús, Hijo de Dios, con su Padre.

Una primera observación es que las “oraciones filiales” de Jesús se encuentran casi exclusivamente en el Evangelio de San Juan. La cristología de este evangelista se basa, fundamentalmente, en la Encarnación. Para él, Jesús es, esencialmente, el Hijo unigénito del Padre, y Dios es, esencialmente el Padre de Jesús. Sin embargo, este texto debió ser tan importante en la Tradición viva, que lo recogen también Mateo y Lucas.

Jesús se presenta aquí como el revelador perfecto de la vida de comunión íntima del Padre y del Hijo: el Padre conoce al Hijo y el Hijo conoce al Padre. Y este conocimiento recíproco es presentado como fundamental, perfecto, único y exclusivo. Hay que subrayar el sentido del verbo “conocer” en el matiz propio que tiene en la Biblia: indica siempre un conocimiento existencial, un “tener experiencia de”, un “estar en unión con”. Así, por ejemplo, la palabra conocer se emplea también para indicar la unión sexual entre el hombre y la mujer. Se trata, pues, de un conocimiento muy íntimo, existencial, a todos los niveles: desde la relación sexual al conocimiento más próximo que se establece en la alianza con Dios.

Jesús añade que esta unión con Dios, esta experiencia íntima, la puede hacer participar a otros, cuando añade: *y aquel a quien el Hijo de lo quiera revelar*. Significa que estamos invitados –a ejemplo suyo y por su revelación- a entrar en esa vida filial. Gracias a su revelación y mediación, nosotros podemos participar del conocimiento que él y el Padre tienen recíprocamente.

De esta manera se entienden mejor las últimas palabras de la oración sacerdotal que hemos estudiado en otro lugar (Pág. 21):

Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos (Jn 17,25-26).

Se explica mejor la cercanía semántica de los verbos “conocer” y “amar”, que en una cultura de corte racionalista como la occidental están distanciados. Se entiende mucho mejor también otra frase de Jesús en la oración de la Última Cena:

La vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado (Jn 17,3).

Y se entiende mejor también la sorprendente respuesta de Jesús a la pregunta del Apóstol Felipe, que es, seguramente, la más rotunda afirmación de la divinidad del Hijo:

Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto.» Le dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta.» Le dice Jesús: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí (Jn 14,7-11).

7.2. La oración al Padre “en espíritu y en verdad” (Jn 4,22-23)

Hacia el final del misterioso diálogo de Jesús con la samaritana, Jesús dice:

Jesús le dice: «Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraráis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que

sean los que le adoren (Jn 4,21-23).

Antes de entrar de lleno en el tema, digamos que el versículo 22, concretamente la frase **porque la salvación viene de los judíos**, cobró repentino interés después de lo sucedido a los hebreos en la última guerra mundial. En la actualidad, contrariamente a lo que ocurría en otro tiempo, hay entre los exegetas cristianos una tendencia a “judaizar” a Jesús y, por otra parte, entre los judíos hay un interés explícito por Jesús, como si éste fuera uno de ellos.

Lo realmente interesante aquí es la expresión **nosotros adoramos**. En ella se apoyaba Arrio para negar la divinidad de Jesús, diciendo que no es propio de Dios adorar a Dios, sino de la criatura. Y como Jesús habla de adorar, no se considera a Sí mismo como Dios, sino como criatura humana. La dificultad está ahí, y no se puede resolver por el fácil camino de que esa frase no la dijo Jesús, ni siquiera el Evangelista, sino que fue una interpolación de los cristianos de la segunda o tercera generación.

No hay una solución contundente; pero lo más probable es que Jesús pretendía decir: “Yo, que como Hijo, conozco perfectamente al Padre, sé que, como hombre, lo he de tratar con adoración; yo y todos los que lleguen a conocerle como Dios”. De esta manera se abre el camino para entender el **en espíritu y en verdad** del versículo siguiente.

Los actos de reconocimiento y aceptación de la grandeza y bondad de Dios son lo que llamamos actos de adoración. La adoración está en la base misma de toda oración seria y auténtica. Donde no hay adoración, no hay oración verdadera. Adorar es, pues, reconocer (se dice “confesar” en el vocabulario cristiano) que Dios es Dios, que existe, que es el Señor y Soberano del mundo, de cada uno de nosotros, y que nos ama. Es al mismo tiempo una actitud de amor, de gratitud y de respeto.

7.3. La oración de Jesús junto a la tumba de Lázaro

Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.» (Jn 11,41-42).

El tono de seguridad, paz y serenidad profunda que traslucen estas palabras demuestra la unidad profunda que hay entre Jesús y el Padre. Solamente el Hijo de Dios puede hablar así. Como Él ha visto al Padre y conoce todos los secretos de su voluntad y sabe que el Padre se complace en Él, por eso también está seguro de que su oración será escuchada. El hecho de que Jesús dé gracias antes de que se produzca el milagro indica lo profundamente compenetrado que estaba con el Padre.

En el Evangelio de San Juan son numerosos los textos que argumentan esa unidad:

El Hijo unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, nos ha abierto el camino (1,18).

Yo no puedo hacer nada por mí mismo: juzgo según lo que escucho (5,30).

Yo digo lo que he visto junto al Padre (8,38).

Todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer (15,15).

7.4. La oración sacerdotal

En toda la tradición cristiana no hay otra oración que exprese tanta intimidad divina. Ya hemos estudiado este pasaje desde el punto de vista de la oración del Mesías (Págs. 19-21); pero ahora volvemos a ella para considerar la oración del Hijo. Pues bien, en el capítulo 17 de San Juan hasta seis veces se dirige Jesucristo a su Padre. Está presente en el primero y en el último versículo –lo que constituye una especie de inclusión– y vuelve otras cuatro veces durante la oración. Basta poner estos versículos el uno junto al otro para sentir el tono y la intensidad de la relación entre Jesús y el Padre.

Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. (v. 1).

Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese (v. 5).

Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros (v. 11).

Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (v. 21)

Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo (v. 24).

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado (v. 25).

8. Enseñanzas de Jesús sobre la oración

8.1. Humildad

Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo. (Mt 6,5-8).

Corrige Jesús aquí la exageración supersticiosa de creer que son necesarias largas oraciones para que Dios nos escuche. La verdadera piedad no consiste tanto en la cantidad de palabras como en la frecuencia y el amor con que el cristiano se vuelve hacia Dios en los acontecimientos, grandes o pequeños, de cada día. La oración vocal es buena y necesaria, pero las palabras sólo tienen valor en cuanto que expresan el sentir del corazón.

Por otro lado, el *cuando vayas a orar, entra en tu aposento*, no descalifica la enseñanza y práctica de la Iglesia en su Liturgia. El Concilio Vaticano II, a propósito de la Liturgia, dice:

Es la cumbre hacia la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo fuente de donde mana toda su fuerza (...). Con todo, la vida espiritual no se contiene en la sola participación de la sagrada Liturgia, pues el cristiano, llamado a orar en común, debe sin embargo entrar también en su aposento y orar al Padre en lo oculto, es más, según enseña el Apóstol, debe rezar sin interrupción (1 Tes 5,17) (Constitución Sacrosanctum Concilium, 10 y 12).

En esto, un leproso se acercó y se postró ante él, diciendo: «Señor, si quieres puedes limpiarme.» El extendió la mano, le tocó y dijo: «Quiero, queda limpio.» Y al instante quedó limpio de su lepra. Y Jesús le dice: «Mira, no se lo digas a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio. (Mt 8,2-4).

La condición de los leprosos era verdaderamente dramática. La ley prescribía que se apartar del pueblo:

El afectado por la lepra llevará los vestido rasgados y desgreñada la cabeza, se cubrirá hasta el bigote e irá gritando: «¡Impuro, impuro!» Todo el tiempo que dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y habitará solo; fuera del campamento tendrá su morada. (Lev 13, 45-46)

Los Santos Padres han visto en esta curación el siguiente significado: la lepra, por su fealdad y repugnancia, por su facilidad de contagio y por la dificultad de su curación, es una imagen impresionante del pecado. Todos somos pecadores y todos necesitamos del perdón y de la gracia de Dios (cfr. Rom 3,23-24). El leproso del Evangelio se postró ante Jesús con plena humildad y confianza, suplicando ser sanado.

Según la ley de Moisés (cfr. Lev 14), si un leproso se cura de su enfermedad debe presentarse ante el sacerdote, quien constata la curación y extiende el certificado. Este es necesario para la reintegración del sanado a la vida religiosa y civil de Israel. El Levítico prescribe también las purificaciones y el sacrificio que debe ofrecer. El mandato de Jesús al leproso corresponde, pues, a lo que era normal en el cumplimiento de lo establecido por las leyes.

Saliendo de allí Jesús se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón. En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo: «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada.» Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos, acercándose, le rogaban: «Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros.» Respondió él: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: «¡Señor, socórreme!» El respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» «Sí, Señor - repuso ella -, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas.» Y desde aquel momento quedó curada su hija. (Mt 15,21-28).

La "dureza" de este episodio se debe a la actitud reservada del Señor. Rechaza, en primer lugar atender

una petición que le hacen los discípulos, porque aquella mujer no era del pueblo de Israel: ***No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.*** Esta frase no es contraria a la universalidad de la doctrina de Jesús (cfr Mt 28,19-20; Mc 16,15-16). El Señor ha venido a traer su Evangelio al mundo entero, pero directamente Él sólo predicaría a los judíos; los Apóstoles, por mandato de Cristo, se encargarán más tarde de evangelizar a los paganos. El mismo San Pablo, en sus frecuentes correrías apostólicas, predicó primero a los judíos (He 13,46).

Después, dirigiéndose a la mujer, usa una expresión aparentemente humillante: ***No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.*** Veamos el admirable comentario de San Juan Crisóstomo:

He aquí por qué Cristo difirió el concederle lo que le pedía: porque sabía lo que la mujer iba a contestar. Para mostrar su admirable temple le había negado hasta entonces la gracia de la salud de su hija. Porque si no hubiera tenido intención de dársela, tampoco después de esto se la hubiera concedido [...]. No quería el Señor que quedara oculta la virtud tan grande de esta mujer. De modo que sus palabras no procedían de ánimo de insultarla, sino de convidarla, del deseo de descubrir aquel tesoro escondido en su alma. Considerad, os ruego, la humildad de esta mujer cananea (Homilías sobre San Mateo, 52, 2)

Cuando hubo acabado de dirigir todas estas palabras al pueblo, entró en Cafarnaúm. Se encontraba mal y a punto de morir un siervo de un centurión, muy querido de éste. Habiendo oído hablar de Jesús, envió donde él unos ancianos de los judíos, para rogarle que viniera y salvara a su siervo. Estos, llegando donde Jesús, le suplicaban insistentemente diciendo: «Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga.» Iba Jesús con ellos y, estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra, y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: "Vete", y va; y a otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo hace.» Al oír esto Jesús, quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que le seguía: «Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.» (Lc 7,1-10).

Cabe destacar en este relato dos cosas. En primer lugar, la distinta valoración que hacen de los motivos para el milagro los discípulos de una parte y Jesús de otra. Los discípulos valoran las buenas obras del centurión: ***ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga.*** Jesús, en cambio, valora la fe: ***Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.*** De este modo nos invita a rechazar una tentación frecuente: la de pensar que Dios atenderá nuestra oración en la medida de nuestros méritos (tentación de presunción), o bien la contraria: pensar que Dios no atenderá nuestra oración a causa de nuestra personal indignidad (tentación de desesperación). En realidad, lo que Dios mira es la fe, y esta fe no es fruto de una decisión personal, sino un don de Dios. De modo que, nada tenemos que no hayamos recibido. San Agustín, en un famoso panegírico de los santos, dice: *Dios, al coronar sus méritos, en realidad corona su propia obra* (MISAL ROMANO, Prefacio I de los Santos). Dicho brevemente: Dios no tiene acreedores.

En segundo lugar, la humildad, que ha hecho que estas palabras ***-no soy digno de que entres bajo mi techo-*** se hayan incorporado a la liturgia de la Eucaristía. La humildad aparece aquí en su dimensión más esencial: la distancia entre el poder divino y la pequeñez humana: el que tiene poder para gobernar personas no lo tiene sobre la salud de su siervo y reconoce que la presencia o ausencia física de Jesús es secundaria para que ejercite su poder.

Aquí se ve la interrelación entre la fe y la humildad, que expresó mejor que nadie la Virgen María en su cántico: ***Dios se resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes.*** La humildad es camino para la fe, tanto para recibirla como para avivarla. Hablando de la experiencia de su conversión, San Agustín dice que él, que no era humilde, no podía comprender cómo Jesús tan humilde podía ser Dios, ni qué es lo que Dios podía enseñar a nadie abajándose hasta asumir la condición humana. Para eso el Verbo, Verdad eterna, se hizo humano: para abatir nuestra soberbia, fomentar nuestro amor, someter todas las cosas y así poder elevarnos (cfr. *Confesiones*, VII, 18, 24).

8.2. Fe y confianza

Cuando llegaron donde la gente, se acercó a él un hombre que, arrodillándose ante él, le dijo: «Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático y está mal; pues muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. Se lo he presentado a tus discípulos, pero ellos no han podido curarle.» Jesús respondió: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo acá! Jesús le increpó y el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento. Entonces los discípulos se acercaron a Jesús, en privado, y le dijeron: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle? Díceles: «Por vuestra poca fe. Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Desplázate de aquí allá", y se desplazará, y nada os será imposible.» (Mt 17,14-21)

El poder de “desplazar montes” no ha de interpretarse necesariamente en sentido hiperbólico, es decir, como una exageración. Se puede interpretar en sentido simbólico. Es verdad que los apóstoles no arrancaron montañas; pero hicieron milagros más grandes, como resucitar muertos, igual que su Maestro (cfr. He 20,7-12).

Algunos Padres de la Iglesia (San Jerónimo, San Agustín) han señalado que se cumple el hecho de “trasladar una montaña” cada vez que alguien por virtud divina llega donde las fuerzas humanas no alcanzan. Así sucede, por ejemplo, en la conversión completa de grandes pecadores, cuando la gloria de Dios o la salvación de las almas lo requiere.

La fuerza de la comparación, aquí como en la parábola de Mt 13,31-32, estriba en que la simiente de mostaza es un granito sumamente pequeño y, sin embargo, produce una gran planta que alcanza hasta más de tres metros de altura. Así, el acto más mínimo de fe verdadera puede producir efectos sorprendentes.

Jesús les respondió: «Yo os aseguro: si tenéis fe y no vaciláis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si aun decís a este monte: "Quítate y arrójate al mar", así se hará. Y todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis.» (Mt 21,21-22).

Estas palabras de Jesús siguen a la sorpresa de los discípulos ante la maldición de la higuera. La maldición de la higuera, más que un milagro, es una “parábola en acción” sobre la omnipotencia divina, que conserva en todo tiempo y lugar el orden y la belleza de la creación. La enseñanza es que la oración hecha con fe participa de la omnipotencia divina.

El ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan (Lc 1,13).

No sabemos cuál era petición de Zacarías. Unos dicen que era la curación de la esterilidad de su esposa; otros, que la venida del Mesías. Sea lo que sea, una y otra se habrían de cumplir, pues el nacimiento de Juan representaba el comienzo de los tiempos de Mesías. La frase *tu petición ha sido escuchada* la comenta así San Jerónimo:

Es decir, se te otorga más de lo que pediste. Habías rogado por la salvación del pueblo y se te ha dado el Precursor (Exposición sobre Lucas, in loc).

También a nosotros se nos da más de lo que pedimos. Basta pensar, por ejemplo, en la salud corporal, tantas veces y con tanto ahínco pedida, y tantas veces no concedida, para que la persistencia del dolor o la incapacidad nos ayude a unirnos más al sufrimiento salvador de Cristo en la cruz. Cuando, a pesar de la oración el sufrimiento –moral o físico- persiste, hay que entenderlo entonces como una vocación. Es el Señor el que llama a la vida dolorosa (JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, 26).

Así se entiende mejor, en el pasaje que estamos estudiando, que el justo Zacarías, fue invitado a padecer una mudez para purificar una fe imperfecta: Había rezado con fe, pero no había creído el cumplimiento de sus propias oraciones: no acababa de creer en la omnipotencia de la oración.

Dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.» (Jn 11,21-22)

Según interpreta San Agustín, la petición de Marta es un ejemplo de oración confiada y de abandono en manos del Señor, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene:

No le dijo: Te ruego ahora que resucites a mi hermano. Solamente dijo: Sé que todo lo puedes y haces cuanto quieres; pero hacerlo queda a tu juicio, no a mis deseos (In Ioann. Ev. Tract. 49,13).

Fueron seguramente estas palabras de Marta las que inspiraron momentos después la oración de Jesús: ***Padre, yo sé que siempre me escuchas...*** (Jn 11,42).

8.3. Perseverancia

Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» Jesús se detuvo y dijo: «Llamadle.» Llaman al ciego, diciéndole: «¡Animo, levántate! Te llama.» Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego le dijo: «Rabbuní, ¡que vea!» Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado.» Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino. (Mc 10,46-52).

Este pasaje lo refieren los tres sinópticos, si bien Mateo habla de dos ciegos (Mt 20,29-33) y Lucas (18,35-43) lo sitúa a la entrada de Jesús en Jericó, y no a la salida, como los otros dos. Pero lo que es común en los tres es el cariz de incidente que toma el episodio ante la insistencia del ciego en ser escuchado y la comitiva de Jesús que se lo impide. La enseñanza es clara: la perseverancia en la oración da sus frutos.

San Juan Crisóstomo, comentando la versión de Mateo (dos ciegos), dice así:

Que estos ciegos eran dignos de la curación bien lo mostraron: primero por sus gritos y porque después de recibida la gracia, no se apartaron del Señor, que es lo que hacen muchos, ingratos, después de recibir los beneficios. No así estos ciegos. Ellos antes de la dádiva se muestran constantes, y después de la dádiva, agradecidos, pues fueron siguiendo al Señor (Hom. Sobre S. Mateo, 66)

Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: "¡Hazme justicia contra mi adversario!" Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme."» Dijo, pues, el Señor: «Oíd lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18,1-8)

Esta es la parábola del juez inicuo, que mejor se llamaría de la viuda importuna, porque San Lucas la ofrece como una enseñanza sobre la perseverancia en la oración.

La expresión ***orar siempre*** del v. 1 (“pantote”) no significa “sin parar”, sino más bien sin cansarse, sin abandonar la oración, aunque los resultados se hagan esperar.

El hecho de comparar al Señor con un juez injusto pone de relieve el contraste entre ambos: si hasta un juez injusto acaba por hacer justicia a aquel que insiste con perseverancia, cuánto más Dios, infinitamente justo y Padre nuestro, escuchará las oraciones perseverantes de sus hijos.

Las sospechas de “pasividad” por parte de Dios, cuando los justos lo invocan, son una tentación habitual del creyente, al comprobar que sus peticiones no son cumplidas inmediatamente. Ya aparecen en el Antiguo Testamento:

*Pero por ti se nos mata cada día,
como ovejas de matadero se nos trata.
¡Despierta ya! ¿Por qué duermes, Señor?
¡Levántate, no rechaces para siempre!
¿Por qué ocultas tu rostro,
olvidas nuestra opresión, nuestra miseria? (Sal 44,23-25).*

Tomó la palabra el ángel de Yahveh y dijo: «Oh Yahveh Sebaot, ¿hasta cuándo seguirás sin apiadarte de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales estás irritado desde hace setenta años?» (Za 1,12).

La tardanza de Dios en escuchar la oración es para que perseveremos en ella. La inmediatez en atender a nuestros ruegos sería probablemente fatal: nos volveríamos orgullosos, soberbios, y confundiríamos, si no lo confundimos ya, dos cosas que en realidad suelen ser contrarias: inmediatez y eficacia. Por eso, pasamos a estudiar a continuación la eficacia de la oración.

9. Eficacia de la oración

Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos (Mt 18,19).

La oración en común es más eficaz que la petición individual, porque el Señor se complace más en ese **ponerse de acuerdo**, que probablemente en la calidad de lo que se le pide. Así, cuando varios cristianos se reúnen en nombre de Cristo para orar, entre ellos está presente el Señor, que escucha complacido esa oración unánime de los suyos. Inspirándose en 1 Jn 4,12, la Iglesia canta en la liturgia del Jueves Santo: *Ubi caritas et amor, Deus ibi est*: “Donde hay caridad y amor, allí está el Señor. Pues, en efecto, el amor no se concibe donde hay uno solo, sino que supone dos o más personas.

Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre, y le rogaron por ella. Inclínándose sobre ella, conminó a la fiebre, y la fiebre la dejó; ella, levantándose al punto, se puso a servirles (Lc 4,38-39)

De este pasaje, más interesante aún que la eficacia de la oración (**rogaron por ella**) es el gesto de Jesús: **Conminó a la fiebre**. El verbo “conminar” (en griego “epitimó”, amenazar) sugiere que la fiebre, más que una simple enfermedad, o un síntoma de alguna infección, como ahora sabemos, era entonces considerada un efecto demoníaco, o un castigo del pecado (cfr. Lev 26,16; Dt 28,22). Los hebreos consideraban la fiebre como un fuego celeste. Sugiere, en la intención del evangelista, que Jesús no posee un simple poder de curar enfermedades o de hacer exorcismos, sino de imperio sobre los poderes diabólicos y sobre los elementos de la naturaleza.

Sobre esta curación instantánea y completa, que San Lucas subraya diciendo que **levantándose al punto, se puso a servirles**, San Juan Crisóstomo comenta:

Como la enfermedad era curable, dio a conocer su poder en el modo de curar, haciendo lo que la medicina no podía: después de la curación de una fiebre, los enfermos necesitan tiempo para recobrar su antigua salud, pero en este caso se hizo todo en el mismo instante (Hom. Sobre S. Mateo, 27).

En la actualidad –y desde siempre- la S.C. para las causas de los santos, exige, para el reconocimiento de una curación milagrosa, la *instantaneidad*, es decir, la desaparición repentina y completa de todos los síntomas, y la recuperación asimismo del estado de salud, sin períodos de recuperación o convalecencia.

Les dijo también: «Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: "Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle", y aquél, desde dentro, le responde: "No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos", os aseguro, que si no se levanta a

dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite.» Yo os digo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o, si pide un huevo, le da un escorpión? (Lc 11,5-12).

Esta parábola sobre la oración, que es exclusiva de San Lucas, es una enseñanza sobre la eficacia de la importunidad y, en este sentido, su enseñanza es la misma que en la parábola de la viuda importuna, que hemos visto (pag. 35). El evangelista se complace en subrayar lo intempestivo de la hora, como dando a entender que no hay horas mejores que otras para dirigirse a Dios.

Otro punto de interés en este pasaje es que, tras la afirmación categórica de que ***todo el que pide, recibe***, hay dos comparaciones antitéticas: pez-culebra y huevo-escorpión, a las que habría que añadir la de pan-piedra de Mt 7,9. Da a entender el Evangelista que la eficacia de la oración está condicionada a la bondad de lo que pedimos. En respuesta a la oración, Dios no da ni lo que es inútil (una piedra) ni lo que es nocivo o perjudicial (una serpiente o un escorpión).

El Santo Cura de Ars explica así este pasaje:

¿Veis la eficacia de la oración cuando se hace con las debidas condiciones? ¿No convendréis conmigo en que, si no alcanzamos lo que pedimos a Dios, es porque no oramos con fe, con el corazón bastante puro, con una confianza bastante grande, o porque no perseveramos en la oración cual debiéramos? Jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le piden sus gracias debidamente. La oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, perseverar en la gracia, mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, ya por lo que hace a nuestras necesidades temporales (“Sermones escogidos”. 5º Dom. De Pascua).

Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré (Jn 14,13-14).

La eficacia de la oración *en el nombre de Cristo*, la reconoce la Iglesia y la pone en práctica en su Liturgia. En efecto, toda oración litúrgica termina con estas palabras: “Por Jesucristo, nuestro Señor”.

Aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: lo que pidáis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado. Os he dicho todo esto en parábolas. Se acerca la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que con toda claridad os hablaré acerca del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios (Jn 16,23-27).

Antes de partir de este mundo, El señor promete a los Apóstoles que les hará partícipes de sus poderes para que la salvación de Dios se manifieste por medio de ellos. Las obras que realizarán son los milagros hechos en el nombre de Jesucristo (Cfr. He 3,1-10; 5,15-16; etc.), y sobre todo, la conversión de los hombres a la fe cristiana y su santificación.

Jesucristo es nuestro intercesor en el cielo, por eso nos promete que todo lo que pidamos en su Nombre, Él lo hará. Pedir en su Nombre significa apelar al poder de Cristo Resucitado, creyendo que Él es omnipotente y misericordioso porque es verdadero Dios; y significa también pedir aquello que conviene a nuestra salvación, porque Jesucristo es el Salvador. Así, ***lo que pidáis*** se entiende como lo que es bueno para el que pide. Cuando el Señor no concede lo que se pide es porque no conviene para nuestra salvación. De este modo se muestra igualmente Salvador cuando nos niega lo que le pedimos y cuando nos lo concede.

10. La oración de los primeros cristianos

Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos (He 1,12-14).

El libro de los Hechos de los Apóstoles se puede considerar como el “Evangelio de la Iglesia”. Así al menos lo sugiere la estructura de su primer capítulo. Efectivamente, su autor, San Lucas, autor también del tercer Evangelio, comienza ambos libros con un prólogo de carácter marcadamente apologético (vv. 1-3). A continuación narra con más detalle el último episodio del Evangelio, la Ascensión del Señor (vv 4-11), para inmediatamente presentar la lista de los Apóstoles, con excepción de Judas Iscariote.

Se encuentra aquí la primera noticia sobre la vida espiritual y piadosa de los discípulos. Es significativo que se hable ante todo de la oración, practicada y asiduamente recomendada a los suyos por el Señor. Es una anotación insistente, en el relato de la vida de los primeros cristianos, que **todos perseveraban en la oración**.

Todas las personas y los detalles de la escena son como atraídos por la figura de María, que ocupa el centro espiritual del lugar donde se han congregado los íntimos de Jesús. La Tradición ha contemplado y meditado este episodio y ha concluido que en él aparece la maternidad que la Virgen ejerce sobre toda la Iglesia, tanto en su origen como en su desarrollo.

María, en efecto no sólo es Madre de Cristo, sino también Madre de la Iglesia. No es sólo una “cristiana” excelsa, sino que tiene un ascendiente sobre los creyentes. A raíz de algunas discusiones teológicas, influenciadas probablemente por el rechazo de la tradición luterana al culto a los santos, parecía que toda exaltación del culto a la Virgen María podría dar en menoscabo de la figura y culto a Jesucristo, único Mediador y Salvador. Estas discusiones han quedado obsoletas después del Concilio Vaticano II, en cuya Constitución Dogmática *Lumen gentium*, capítulo 8, ofrece un claro perfil dogmático de la figura de María; y mucho más después de la declaración de Pablo VI de María como *Madre de la Iglesia*:

Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los Pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título (PABLO VI, Discurso al Concilio, 21-XI-1964).

El texto habla de los **hermanos de Jesús**, expresión que aparece también en los Evangelios. Dado que la fe cristiana nos enseña que la Virgen María no tuvo más hijos que Jesús, al que concibió por obra del Espíritu Santo y sin concurso de varón, la expresión no puede referirse a hermanos carnales de Jesús.

La explicación debe buscarse en las peculiaridades de las lenguas semíticas. La palabra empleada en el Nuevo Testamento, *adelphos*, es traducción de un término hebreo que se aplica a todos los componentes de un grupo familiar, y designa tanto a los primos más distantes (cf. Lev 10,4) como a los sobrinos (cf. Gen 13,8).

La palabra *hermano* tiene, por lo tanto, en el Nuevo Testamento, un sentido muy amplio, igual que ocurre, por ejemplo, a la palabra *apóstol*.

En cierta ocasión, Jesús llama a sus oyente habituales “hermanos” (Lc 8,21), lo cual permite pensar que, además de significar pertenencia a un mismo grupo familiar, la palabra *hermano* en el Nuevo Testamento podría designar a algunos discípulos especialmente allegados al Señor.

San Pablo, por su parte, emplea este término para todos los cristianos (p. Ej. 1 Cor 1,10) y lo mismo hace San Pedro, según He 12,17.

Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía.» Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles. (He 1,23-26)

Los vv. 24 y 25 recogen la primera plegaria de la Iglesia, y denota la fe de los discípulos en el gobierno divino de las cosas y de los acontecimientos, y de manera especial la providencia de Dios acerca de la Iglesia.

La comunidad cristiana deja en manos de Dios la decisión de quién completará el grupo de los Doce. Acude para ello al modo tradicional hebreo de las *suertes*, que van a expresar la voluntad divina. Las suertes, como medio de consultar a Dios, aparecen con cierta frecuencia en el Antiguo Testamento (cfr 1 San 14,41 s.) y su manejo estaba reservado a los levitas, para evitar que degenerara en prácticas supersticiosas. Podían ser dados, palillos, cartas, etc., que contenían individualmente los nombres de los candidatos a un oficio, los eventuales reos de una falta, etc. Había tantas suertes como personas presentadas al ministerio que debía ser cubierto o como presuntos culpables de una mala acción.

En este caso se acude a la suerte porque se piensa que Dios ha hecho ya su elección y consiguientemente la manifestará. La elección divina se dará a conocer infaliblemente mediante un sencillo expediente humano. Este sistema de designación, recibido del judaísmo, no perduró en la nueva Iglesia mucho tiempo.

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar (He 2,42-47).

Este pasaje es el primero de los tres sumarios que se recogen en los capítulos iniciales del libro (los otros dos están en 4,32-35 y 5,12-16). Describe en términos sencillos lo más esencial de la vida ascética y litúrgico-sacramental de los primeros cristianos. Es un expresivo retrato espiritual de la comunidad, que después de Pentecostés ha traspasado ya los límites del Cenáculo y vive recogida pero cada vez más relacionada con el mundo que la rodea.

La ***fracción del pan*** es la Sagrada Eucaristía. No se refiere a una comida ordinaria. Se trata de una nueva expresión cristiana que se usa en los orígenes para designar la confección y administración a los fieles del sacramento que contiene el cuerpo del Señor. Esta expresión, asociada a la idea de convite, será pronto sustituida por la de *Eucaristía*, que subraya la idea de acción de gracias. La Santa Misa y la comunión eucarística constituyen desde Pentecostés el centro del culto cristiano.

En la expresión y ***a las oraciones*** se da a entender que hacían oración en común, además de la Eucaristía, y también a diferencia de las oraciones que, como judíos piadosos, hacían en el Templo, al que, como vivían en Jerusalén ***acudían todos los días***.

Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la hora nona.(He 3,1).

Este dato pasajero, que sirve de introducción al relato de la curación del cojo de nacimiento, aporta una noticia preciosa acerca de la sincera piedad judía de los primeros cristianos, que nunca se consideraron distintos ni extraños a la religión de Israel. El dato, unido al ***acudían todos los días*** de He 2,47, nos descubre que los Apóstoles, como muchos fieles, asistían a los sacrificios que se realizaban en el Templo: el matutino, que empezaba con la aurora y se alargaba hasta las nueve de la mañana (hora tercia), y el vespertino, que comenzaba a las tres de la tarde (hora nona) y duraba hasta la caída del sol.

Una vez libres, vinieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y ancianos. Al oírlo, todos a una elevaron su voz a Dios y dijeron: «Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, tú que has dicho por el Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo: ¿A qué esta agitación de las naciones, estos vanos proyectos de los pueblos? Se han presentado los reyes de la tierra y los magistrados se han aliado contra el Señor y contra su Ungido. «Porque verdaderamente en esta ciudad se han aliado Herodes y Poncio Pilato con las naciones y los pueblos de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien has ungido, para realizar lo que en tu poder y en tu sabiduría habías predeterminado que sucediera. Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda

valentía, extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.» Acabada su oración, retrembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía. (He 4,23-31)

A la curación del cojo de nacimiento siguió el discurso de Pedro en el Templo, tras el cual, el Sanedrín toma cartas en el asunto, hace apresar a los apóstoles Pedro y Juan, les toma declaración y les prohíbe predicar en nombre de Cristo resucitado, cosa que rechazan los apóstoles. La escena leída es el regreso de los Apóstoles liberados a la comunidad, que se convierte en una oración de alabanza, que podría tener forma de himno. Esta plegaria es un modelo de oración y de confianza en los medios sobrenaturales. Piden a Dios la fuerza necesaria para seguir anunciando con valentía la Palabra, sin dejarse amedrentar por las persecuciones, e imploran también la capacidad de obrar prodigios que acrediten su predicación.

Este plegaria incluye el Salmo 2, cuyas predicciones se cumplen en Jesucristo. Veamos los primeros versículos de este salmo, titulado “Del Mesías-Rey”:

*¿Por qué se agitan las naciones,
y los pueblos mascullan planes vanos?
Se yerguen los reyes de la tierra,
los caudillos conspiran aliados
contra Yahveh y contra su Ungido:
«¡Rompamos sus coyundas,
sacudámonos su yugo!»
El que se sienta en los cielos se sonríe,
Yahveh se burla de ellos.
Luego en su cólera les habla,
en su furor los aterra:
«Ya tengo yo consagrado a mi rey
en Sión mi monte santo.»
Voy a anunciar el decreto de Yahveh:
El me ha dicho: «Tú eres mi hijo;
yo te he engendrado hoy.
Pídeme, y te daré en herencia las naciones,
en propiedad los confines de la tierra. (Sal 2,1-8)*

Al principio del salmo alude a la conspiración de unos poderes mundanos contra la soberanía de Dios y de su Ungido. Recordemos que es precisamente San Lucas quien en su relato de la pasión incluye el episodio de la entrega de Jesús de Pilato a Herodes, episodio que termina con este apunte realmente intencionado: *Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados (Lc 23,12).*

Este enfrentamiento a los poderes terrenos, que ya experimentó Jesús, lo sufrían en ese momento los Apóstoles, y también ahora, como en toda la historia del cristianismo, el mundo se opone a Cristo.

Pedro hizo salir a todos, se puso de rodillas y oró; después se volvió al cadáver y dijo: «Tabita, levántate.» Ella abrió sus ojos y al ver a Pedro se incorporó (He 9,40).

Es inevitable ver en este milagro un trasunto de la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,32 ss), uno de cuyos testigos fue San Pedro. Pedro imita exactamente al Maestro: hace salir a los curiosos, se recoge en oración y se produce el milagro.

La agraciada, una cristiana llamada Tabita, era conocida por su generosidad. San Cipriano no desaprovecha esta circunstancia para hacer un elogio de la limosna:

En los Hechos de los Apóstoles está claro que las limosnas no sólo nos libran de la muerte espiritual, sino de la temporal. Habiendo enfermado y muerto Tabita, que hacía muchísimas buenas obras y limosnas, fue llamado Pedro. Y apenas se presentó, con toda la diligencia de su caridad apostólica, le rodearon las viudas con lágrimas y súplicas, rogando por la difunta más con sus gestos que con sus palabras. Creyó Pedro que podía lograrse lo que pedían con tanta insistencia. Por tal causa se interrumpe la muerte y la mujer vuelve a la vida. Tanto pudieron las obras de misericordia, tanto poder ejercieron las buenas obras (SAN CIPRIANO, De opere et eleemosynis, 6).

Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se acercaban a la ciudad, subió Pedro al terrado, sobre la hora sexta, para hacer oración. Sintió hambre y quiso comer. Mientras se lo preparaban le sobrevino un éxtasis, y vio los cielos abiertos y que bajaba hacia la tierra una cosa así como un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Dentro de él había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le dijo: «Levántate, Pedro, sacrifica y come.» Pedro contestó: «De ninguna manera, Señor; jamás he comido nada profano e impuro.» La voz le dijo por segunda vez: «Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano.» Esto se repitió tres veces, e inmediatamente la cosa aquella fue elevada hacia el cielo (He 10,9-16).

El interés que descubríamos en el Evangelio de San Lucas de destacar que Jesús tomaba las grandes decisiones en la oración, se descubre de nuevo aquí. Es una inspiración divina –una visión– la que Pedro recibe cuando está recogido en oración. Y se refiere a una cuestión que había de ser crucial en la expansión del cristianismo. La docilidad a las mociones del Espíritu Santo facilita a Pedro el descubrimiento gradual, en primer lugar, de que las leyes relativas a los alimentos, según las cuales no podían consumirse ciertos tipos de carnes, carecen de valor para los cristianos.

Este descubrimiento sencillo y capital, que ha requerido una especial intervención divina, conduce a otro todavía más importante. Pedro entiende ahora el pleno significado de todo lo enseñado por Jesús y se da cuenta de que en los planes salvadores de Dios judíos y paganos son iguales.

La restricción de los manjares había llevado al judaísmo observante a evitar toda participación con paganos en una mesa común. La cuestión de los alimentos y el trato con gentiles eran asuntos estrechamente relacionados y objeto de severas prohibiciones. Eliminada la diferencia entre alimentos puros e impuros, se abría la puerta a la comunicación con paganos y era ya posible entender lo que significaba en la práctica que *Dios no hace acepción de personas* (Dt 10,17) y que importa sobre todo la purificación del corazón.

Así pues, Pedro estaba custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios (He 12,5).

Leamos el precioso comentario de San Juan Crisóstomo a este episodio:

Observad los sentimientos de los fieles hacia sus pastores. No recurren a disturbios ni a rebeldía, sino a la oración, que es el remedio invencible. No dicen: hombres insignificantes como somos, es inútil que recemos por él. Rezaban por amor y no pensaban nada semejante. ¿Veis lo que conseguían los perseguidores sin pretenderlo? Hacían a unos más firmes en las pruebas y a otros más celosos y amantes (Homilías sobre los Hechos de los Apóstoles, 26).

San Lucas, que ha recogido en su Evangelio las palabras de Jesús acerca de la oración perseverante (cfr. 11,5-8; 11,11-13; 18,1-8) pone ahora de manifiesto la eficacia que Dios concede a la oración de toda la comunidad a favor de Pedro. El Señor desea que sus designios providentes de salvar al Apóstol para bien de la Iglesia sean una respuesta a los ruegos confiados de los cristianos.

Consciente de su situación, marchó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración (He 12,12).

Esta alusión a la casa de María, madre de Marcos (el Evangelista San Marcos), como lugar de reunión para la oración de los cristianos, es la que hace pensar que se trata del mismo lugar en que, sin localización expresa, sucedieron tanto la última Cena como la venida del Espíritu Santo.

El sábado salimos fuera de la puerta, a la orilla de un río, donde suponíamos que habría un sitio para orar. Nos sentamos y empezamos a hablar a las mujeres que habían concurrido. Una de ellas, llamada Lidia, vendedora de púrpura, natural de la ciudad de Tiatira, y que adoraba a Dios, nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo. Cuando ella y los de su casa recibieron el bautismo, suplicó: «Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa.» Y nos obligó a ir. Sucedió que al ir nosotros al lugar de oración, nos vino al encuentro una muchacha esclava poseída de un espíritu adivino, que pronunciando oráculos producía mucho

dinero a sus amos (He 16,13-16).

Este episodio es de singular interés para nosotros, porque representa la primera predicación del Evangelio en suelo europeo. Se produce en Filipos, ciudad fundada por el padre de Alejandro Magno y elevada al rango de colonia romana por Octavio, en la región de Macedonia. Tenía una población judía muy reducida. Lo demuestra la inexistencia de sinagoga, cuyo establecimiento exigía que al menos diez varones hebreos vivieran en el lugar.

A falta de sinagoga, San Pablo busca el sábado el lugar al aire libre donde debían reunirse los judíos para la oración y la lectura de la Ley. Sigue así la costumbre de viajes anteriores: comenzar, en la nueva ciudad, predicando el Evangelio el sábado ante los judíos, antes de dirigirse a los gentiles.

Llama la atención aquí el protagonismo de las mujeres. Seguramente, entre las que eran ***temerosas de Dios***, es decir, judías de religión, aunque no de raza ni de cultura, como Lidia, habría menos prejuicios sexistas y una libertad de espíritu, tal que facilitaría su conversión al cristianismo. Esta libertad de espíritu tiene rasgos tan atractivos como la “suave coacción” de la neófita hacia los Apóstoles, que San Lucas no deja pasar cuando dice: ***Y nos obligó a ir*** (a su casa).

Hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios; los presos les escuchaban. (He 16,25)

Pablo y Silas rezan y cantan himnos por la noche. San Juan Crisóstomo, en su comentario a este pasaje, exhorta a los cristianos a que hagan lo mismo y santifiquen el tiempo de descanso nocturno. Con el correr del tiempo, la Iglesia, en su Liturgia de las Horas, manda a los religiosos y sacerdotes, e invita a todos los fieles al “Oficio de lecturas”, llamado antes “Maitines”, que puede rezarse *nocte vel summo mane* (por la noche o a primera hora de la mañana).

San Beda se fija en el ejemplo que Pablo y Silas ofrecen a los cristianos que sufren penas otenteciones:

La devoción y fuerza que inflamaba los corazones de los apóstoles se expresa en la oración, y llegan a cantar himnos hasta en la misma cárcel (Super Act. Expositio)

En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir.» Dicho esto se puso de rodillas y oro con todos ellos. Rompieron entonces todos a llorar y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no volverían a ver su rostro. Y fueron acompañándole hasta la nave (He 20,35-38)

Este pasaje recoge la despedida de San Pablo de los cristianos de Éfeso. El Apóstol, camino de Jerusalén, sabe que va a ser apresado y se acerca el fin de sus días.

La frase del Señor ***Mayor felicidad hay en dar que en recibir*** no aparece en los Evangelios. Sólo la conocemos por este texto.

Para los cristianos toda ocasión y sitio son propicios para orar:

El cristiano reza en cualquier lugar y reza en toda circunstancia, bien sea durante un paseo o cuando va en compañía de otros, o cuando reposa, o también al comienzo de una obra espiritual. Y cuando en el interior de su alma alimenta un pensamiento y con gemidos inenarrables invoca al Padre (San Clemente de Alejandría: Stromata, 7, 7).

11. La oración en San Pablo

11.1. Los himnos de las cartas paulinas

11.1.1. El himno de la carta a los Efesios (Ef. 1,3-14)

<p><i>Primera sección</i></p> <p>Los beneficios del plan divino de la salvación</p>	<p><i>Primera estrofa:</i></p> <p>Alabanza a Dios por su designio eterno</p>	<p><i>Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor (vv 3-4).</i></p>
	<p><i>Segunda estrofa</i></p> <p>La gracia de la filiación divina</p>	<p><i>eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. (vv. 5-6).</i></p>
	<p><i>Tercera estrofa</i></p> <p>La redención obrada por Cristo</p>	<p><i>En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, (vv. 7-8)</i></p>
	<p><i>Cuarta estrofa</i></p> <p>La recapitulación de todas las cosas en Cristo</p>	<p><i>dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. (vv.9-10)</i></p>
<p><i>Segunda sección</i></p> <p>La aplicación del plan divino de la salvación</p>	<p><i>Quinta estrofa</i></p> <p>La salvación de los judíos.</p>	<p><i>A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo. (vv. 11-12)</i></p>
	<p><i>Sexta estrofa</i></p> <p>La salvación de los gentiles.</p>	<p><i>En él también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria. (vv. 13-14)</i></p>

Éfeso era la ciudad más importante de Asia Menor. San Pablo la visitó al final de su segundo viaje apostólico y se detuvo en ella, durante el tercer viaje, por espacio de dos años, durante los cuales predicó el Evangelio con fruto en toda la región. Tuvo que salir de modo apresurado, perseguido por el orfebre Demetrio, que veía peligrar su negocio de estatuillas paganas ante la expansión del cristianismo.

La carta a los Efesios fue escrita por San Pablo desde Roma, en la primavera del año 63, después de su primera cautividad. Como casi todas las cartas, tiene dos partes, una dogmática y otra moral, precedidas de un saludo y terminadas con una bendición. Vamos a estudiar con más detalle el himno con el que comienza la parte dogmática.

11.1.1.1. Bendición

Se trata de un canto de bendición, como el *Benedictus* o el *Magnificat* del Evangelio de San Lucas, y sigue el esquema clásico de los cantos de bendición judíos.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (v. 3a)

En este caso la formulación es totalmente neotestamentaria. El judaísmo nunca hubiera llamado “Padre” a Dios. Este *Dios y Padre* ni siquiera lo pronunciaron ni Zacarías (*Bendito sea el Señor, Dios de Israel*), ni María (*Proclama mi alma la grandeza del Señor*).

El motivo de la alabanza está en el versículo siguiente:

que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo (v. 3b).

En esta formulación hay, en realidad, una visión sintética de lo que será, a través del cántico, la descripción de los bienes recibidos del Padre “en la persona de Cristo”. Hay un juego de palabras que va más allá de la sensación poética o musical del himno. La Iglesia bendice a Dios (*eulogetós*) porque Él ha tomado la iniciativa de bendecir a la Iglesia (*eulogesás*) con sus maravillosos bienes (*eulogía*). Quiere dar a entender que todas nuestras alabanzas son en realidad, actos de gratitud, porque la iniciativa del bien es siempre de Dios.

Destacar, también, que todas esas bendiciones divinas no son como una constelación de diferentes beneficios, sino que están concentradas *en Cristo*. Es decir, todo lo bueno de Dios para con nosotros está contenido en Jesucristo y su obra salvadora. Veremos más abajo que incluso los bienes de la Creación de los debemos a Jesucristo.

11.1.1.2. Elección

Después de la introducción, el cántico expresa, en una descripción pormenorizada, lo que podríamos llamar el itinerario de la “bendición” de Dios, o, en otros términos, el desarrollo del plan divino de salvación:

***por cuanto nos ha elegido en él
antes de la fundación del mundo,
para ser santos e inmaculados en su presencia,
en el amor (v. 4).***

Todo está centrado en Cristo: desde la elección, antes de crear el mundo, hasta la comunión en el amor eterno de Dios, pasando por la purificación y la participación en el pueblo de los santos. Lo que destaca aquí es la elección, hecha previamente a toda existencia humana, y la finalidad de esta elección, que también está más allá de cualquier previsión humana. En otro lugar, San Pablo explica con más detalle en qué consiste esa elección:

A los que de antemano conoció también los predestinó para que lleguen a ser conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que él fuese primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29).

La elección tiene como fin que seamos *santos e inmaculados en su presencia*. Del mismo modo que en el Antiguo Testamento la víctima que se ofrecía a Dios debía ser perfecta, sin tara alguna (cfr. Gen 17,1), la santidad “sin mancha” a la que Dios nos ha destinado ha de ser plena, inmaculada. Aunque ya en el Bautismo hemos sido santificados, y durante la vida procuramos crecer, con ayuda de Dios, en la santidad recibida, sin embargo, la plenitud de la santidad sólo la alcanzaremos en la gloria del cielo.

11.1.1.3. Filiación

El segundo momento es la predestinación a ser hijos de Dios.

***eligiéndonos de antemano
para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo,***

*según el beneplácito de su voluntad,
para alabanza de la gloria de su gracia
con la que nos agració en el Amado (vv. 5-6)*

El contenido de la elección de la que hablábamos es la filiación : *para ser sus hijos*. El Apóstol San Juan dirá casi con estremecimiento: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!* (1 Jn 3,1).

Esta relación de adopción no es algo solamente jurídico, de tipo externo y puramente accidental. La adopción divina afecta a todo el ser del hombre y lo introduce en la misma vida de Dios, ya que por el bautismo somos hechos realmente hijos suyos. Hay que conceder el máximo de realismo a expresiones neotestamentarias como la de *el baño de regeneración* (Tit 3,5) y la de *partícipes de la naturaleza divina* (2 Pe 1,4). La filiación divina es, pues, el mayor de los dones que Dios ha concedido en este mundo.

11.1.1.4. Redención

El tercer momento es ya intrahistórico. Esto que quiere decir que, mientras que la elección y la filiación se decidieron en la mente divina antes de la creación del universo, la redención es un hecho acaecido en un momento de la historia humana.

*En él tenemos por medio de su sangre la redención,
el perdón de los delitos,
según la riqueza de su gracia
que ha prodigado sobre nosotros
en toda sabiduría e inteligencia
dándonos a conocer el Misterio de su voluntad (vv. 7-9 a)*

La última frase es la que conecta directamente con las afirmaciones de los párrafos anteriores: la redención de Cristo ha sido la revelación de la bendición, de la elección y de la predestinación a ser sus hijos.

San Pablo llama *misterio* al plan salvador de Dios, que abarca la totalidad de la historia y del mundo creado; el proyecto divino, que estaba oculto y que se ha manifestado, con toda su belleza y grandiosidad precisamente en condiciones dramáticas. Dos realidades han tenido que cruzarse dentro de la historia para que conozcamos el plan amoroso de Dios: su *sangre* y nuestros *delitos*. En teología es inútil hacer especulación con hipótesis que nunca sucedieron: ¿Cómo sería la humanidad sin el pecado? ¿Se hubiera encarnado el Hijo de Dios? La Iglesia, sin hurgar en el misterio, se limita a mostrarlo, y con una expresión realmente sorprendente, dice: *Feliz la culpa que nos mereció tal Redentor* (Vigilia Pascual: Pregón).

Redimir significa liberar. La redención de parte de Dios aparece ya en el Antiguo Testamento cuando el pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud de Egipto (cfr. Ex 11,7ss). Entonces, mediante la sangre del cordero rociada sobre los dinteles de las casas de los hebreos, sus primogénitos fueron liberados de la muerte. Pare recordar esta salvación celebraban, por mandato divino, el rito de la Pascua sacrificando el cordero pascual (cfr. Ex 12,47). Este redención de la esclavitud en Egipto, sin embargo, no era más que una figura de la Redención realizada por Cristo. Jesucristo, mediante su sangre derramada en la cruz, nos ha rescatado de la servidumbre del pecado y del poder del demonio y de la muerte; Él es, por tanto, el verdadero Cordero Pascual (cfr. Jn 1,29), y como dice San Pedro:

Hemos sido redimidos, no con cosas perecederas, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo (1 Pe 1,18s).

11.1.1.5. Recapitulación

*según el benévolo designio
que en él se propuso de antemano,
para realizarlo en la plenitud de los tiempos:
recapitular todo en Cristo,
lo que está en los cielos y lo que está en la tierra (vv. 9b-10)*

Hay en este fragmento unas expresiones muy concisas: el *designio* (“oikonomían”); la *recapitulación* (“anakefalaiószai”), y *tiempos* (“kairoi”), que tienen una gran riqueza exegética; pero en las que no entraremos a fondo. Baste decir que los planes eternos de Dios, al realizarse en el tiempo, hacen que éste no sea simplemente una medida del transcurso de la vida, sino un instrumento de salvación. El tiempo

cronológico (“kronos”, en griego), se convierte en tiempo de salvación (“kairos”), y este tiempo de salvación tiene un momento culminante, la *plenitud de los tiempos*. En otra carta, San Pablo describe con más detalle esta plenitud:

Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley (Gal 4,4).

La expresión *recapitular todo en Cristo* tiene mucha hondura. Significa hacer que todas las cosas tengan a Cristo como Cabeza. Esto significa que Jesucristo, por su obra redentora, reagrupa y reconduce a Dios el mundo creado, que estaba antes disperso por el pecado, de forma que en Cristo encuentren su vínculo de unidad, tanto los seres celestiales, como los hombres y todas las realidades terrestres. El pecado supuso una triple ruptura del hombre: con Dios, consigo mismo y con el resto de los seres. San Juan Crisóstomo enseña que:

Desgarradas estaban las cosas celestiales de las terrestres, no tenían cabeza. Y puso como única cabeza de todas las cosas, de los ángeles y de los hombres, al Cristo según la carne. Esto es, dio un solo principio a los ángeles y a los hombres; pues se hará la unidad, la precisa y perfecta unión, cuando todas las cosas, teniendo un vínculo necesario que procede de lo alto, sean recogidas bajo una sola cabeza (Homilía sobre los Efesios).

11.1.1.6. La salvación de los judíos

***A él, por quien entramos en herencia,
elegidos de antemano
según el previo designio del que realiza todo
conforme a la decisión de su voluntad,
para ser nosotros
alabanza de su gloria,
los que ya antes esperábamos en Cristo. (vv. 11-12)***

En este *nosotros* San Pablo, judío de nacimiento y de fe, se refiere a todo el pueblo judío. La esperanza del pueblo judío ha tenido su cumplimiento en Cristo, pues con él han llegado el Reino de Dios y los bienes mesiánicos, destinados en primer lugar a Israel como su herencia. La finalidad de la elección de Israel por parte de Dios era formarse un pueblo propio (cfr. Ex 19,5), que le glorificara y fuera testigo entre las naciones de la esperanza en la venida del Mesías. La elección de Israel forma parte de la “economía” a la que hacíamos alusión antes:

Deseando Dios con su gran amor preparar la salvación de toda la humanidad, escogió a un pueblo en particular a quien confiar sus promesas. Hizo primero una alianza con Abrahán; después, por medio de Moisés, la hizo con el pueblo de Israel, y así se fue revelando a su pueblo, con obras y con palabras, como único Dios vivo y verdadero. De este modo Israel fue experimentando la manera de obrar de Dios con los hombres, a fue comprendiendo cada vez mejor al hablar Dios por medio de los profetas, y fue difundiendo este conocimiento entre las naciones (CONCILIO VATICANO II: Const. Dei Verbum, n. 14).

La expresión *los que ya antes esperábamos en Cristo* es una alabanza de la fe del pueblo de Israel. Vale la pena leer la alabanza a la fe de los patriarcas que hace la carta a los Hebreos (11,1-22). Como ejemplos más próximos al Nuevo Testamento de esa fe puede citarse a Zacarías e Isabel, Simeón y Ana y, sobre todo a San José.

11.1.1.7. La salvación de los gentiles

***En él también vosotros,
tras haber oído la Palabra de la verdad,
el Evangelio de vuestra salvación,
y creído también en él,
fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa,
que es prenda de nuestra herencia,
para redención del Pueblo de su posesión,
para alabanza de su gloria. (vv. 13-14)***

En estos versículos, San Pablo desvela el aspecto más novedoso del *Misterio* de la salvación: que también los gentiles han sido elegidos y llamados a ser hijos de Dios. A diferencia de la religión judía, la incorporación a la fe cristiana no se realiza mediante un rito corporal, como la circuncisión, sino por un sello espiritual: el Espíritu Santo. El sello o arra significa la prenda o señal que se entrega en los negocios como anticipo o garantía del precio total comprometido. El Espíritu Santo en nuestra alma es la prenda de la unión con Dios que se producirá en la vida eterno.

El *pueblo de su posesión* ha dejado de ser el pueblo judío. La Iglesia es el nuevo pueblo de Dios. A diferencia del antiguo Israel, en el nuevo pueblo hay gentes de toda raza y lengua, y por eso la Iglesia es el sacramento universal de salvación. El Concilio Vaticano II enseña:

Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como Iglesia (cf. Esd 13,1; Num 20,4; Dt 23,1 ss), así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne, también es designado como Iglesia de Cristo (cfr. Mt 16,18), porque fue Él quien la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social. Dios formó una congregación de fieles que, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salvífica (Constitución Lumen gentium, n. 9).

11.1.2. El himno de la carta a los Filipenses (2,6-11)

*El cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tomando condición de siervo
haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su porte como hombre;
y se humilló a sí mismo,
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios le exaltó
y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es Señor
para gloria de Dios Padre.*

La comunidad de Filipos era especialmente querida por San Pablo, ya que acogió con gran cariño al Apóstol y fueron las primicias de su apostolado en Europa. Estos sentimientos se reflejan en el tono íntimo y familiar que tiene toda la carta.

Se duda si fue escrita durante su cautividad en Roma (años 61-63) o durante una posible prisión en Éfeso (años 54-57).

En la exhortación a los filipenses, San Pablo hace un resumen en forma de himno de la persona y la obra redentora de Cristo, trayendo al cuerpo de la carta un himno que, probablemente, formaría parte de los textos litúrgicos que él mismo habría aprendido en las asambleas cristianas y habría transmitido a los filipenses en su primera evangelización. Si tenemos en cuenta que esta carta puede ser muy antigua (a sólo veinticuatro años de la Resurrección de Jesús), estaríamos ante una de las primeras fórmulas de oración y canto de los cristianos. Actualmente este himno se reza en ocasiones privilegiadas: en las vísperas del Viernes y el Sábado Santo, y de manera continua cada sábado, en las primeras vísperas del domingo. No sería extraño que, después del Padrenuestro, sea la fórmula cristiana más antigua.

Entrando en la estructura del himno, aparece claramente dividido en dos partes: la primera, la humillación del Hijo; la segunda, la exaltación de Cristo.

11.1.2.1. **La humillación del Hijo (vv. 6-8)**

*El cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tomando condición de siervo
haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su porte como hombre;
y se humilló a sí mismo,
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.*

La expresión *siendo de condición divina* (v. 6), literalmente se podría traducir: “subsistiendo en forma de Dios”. La “forma” es el aspecto que ofrece al exterior una cosa, y que manifiesta su naturaleza íntima. Tratándose de Dios, que es invisible, no puede referirse a unas apariencias sensibles: La “forma de Dios” es una manera de designar a la naturaleza divina. Lo primero que declara este himno es, por tanto, que Jesucristo es Dios y que lo era antes de la Encarnación.

La expresión *no retuvo ávidamente el ser igual a Dios* no significa que el Hijo, por el hecho de encarnarse, perdiera su naturaleza divina, sino que la ocultó, *tomó forma de siervo*. Podría haberse hecho hombre sin dejar de manifestar su gloria –como ocurrió momentáneamente en la Transfiguración (cfr. Mt. 17,1 ss); pero quiso ser en todo, menos en el pecado, *semejante a los hombres, pasar por un hombre cualquiera*. Todas estas expresiones son explicaciones de la fórmula *se anonadó*. Anonadamiento, en griego *kénosis*, significa vaciamiento, humillación, rebajamiento. Hay que entender bien este anonadamiento, que no consiste sólo en compartir la existencia con una naturaleza de condición inferior, sino también en no hacer ostentación de su gloria. Jesucristo no podía dejar de ser Dios, pero sí renunciar temporalmente al ejercicio de los derechos que se derivan de su condición divina (P. Ej. Mt 26,53).

Estos versículos sugieren el contraste entre Jesucristo y Adán. Éste, por tentación diabólica, aunque era mero hombre, ambicionó *ser como Dios* (Gen 3,5). Al consentir en este deseo desordenado de la propia excelencia –en esto consiste la soberbia- y cometer el pecado de desobediencia a Dios (Gen 3,6), atrajo sobre sí y sobre toda la humanidad, que estaba en él como en germen, las desgracias gravísimas de la entrada en el mundo del pecado, del mal y de la muerte. Por el contrario, Jesucristo, que poseía toda la gloria divina desde la eternidad, “se anonadó a sí mismo”, eligió el camino de la humildad frente a la soberbia de Adán. La obediencia de Cristo repara la desobediencia del primer hombre, y recobra para toda la humanidad los bienes que había recibido de Dios al ser creado. En otro texto, San Pablo lo explica con claridad:

Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos (Rom 5,18-19).

San Gregorio de Nisa comenta así la humillación de Cristo:

¿Qué hay de más humilde en el Rey de los seres que entrar en comunión con nuestra pobre naturaleza? El Rey de Reyes y Señor de Señores se reviste de la forma de nuestra esclavitud; el Juez del universo se hace tributario de príncipes terrenos; el Señor de la creación nace en una cueva; quien abarca el mundo entero no encuentra lugar en la posada; el puro e incorrupto se reviste de la suciedad de nuestra naturaleza humana, y pasando a través de todas nuestras necesidades, llega hasta la experiencia de la muerte (San Gregorio de Nisa, Oración I sobre las Bienaventuranzas).

Ahora bien, esta humillación llega hasta *la muerte, y muerte de cruz*. Como ya hemos estudiado extensamente la actitud de obediencia de Cristo (ver pags. 22-28), no vamos a repetirnos. Pero observemos que esa puntualización que hay en la frase *y muerte de cruz* (v. 8) subraya que no fue una muerte cualquiera, ni siquiera una pena capital cualquiera, sino la crucifixión, una ejecución especialmente vergonzosa, escandalosa y dolorosa, muerte propia de esclavos y de delitos graves, de la que estaban exentos los ciudadanos romanos (como los que integraban la comunidad cristiana de Filipos).

11.1.2.2. **La exaltación de Cristo (vv. 9-11)**

*Por lo cual Dios le exaltó
y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es Señor
para gloria de Dios Padre.*

El premio a la humillación del *Verbo* es la exaltación de *Cristo*. **Dios lo exaltó**. Literalmente dice *superexaltó*, expresión que da idea de la magnitud de la glorificación recibida. Pero quien es exaltado es Cristo entero, en su condición humana. El Verbo no tenía nada que recuperar, pues

En la forma de Dios el Hijo era igual al Padre, y entre el Genitor y el Unigénito no había ninguna separación en la esencia, ninguna diversidad en la majestad; ni por el misterio de la encarnación había perdido el Verbo algo que el Padre debiera devolverle como obsequio (San León Magno, Promisisse me memini, cap. 8).

La exaltación es la pública manifestación de la gloria que corresponde a la Humanidad de Cristo en virtud de su unión con la persona divina del Verbo. La unión con la “forma de siervo” supuso un gran acto de humildad realizado por el Hijo, pero trajo consigo la exaltación de la naturaleza humana asumida.

Para los judíos, el **nombre que está sobre todo nombre** (las versiones litúrgicas escriben las palabras de esta expresión unidas con guiones: *Nombre-sobre-todo-nombre* para remarcar que se trata de una unidad semántica, una palabra singular) es el nombre de Dios, en *tetragrámaton divino*: YHWH, Yahweh, al que la ley de Moisés obligaba a tener un respeto extraordinario. Aquí significa que Dios Padre concedió a la Humanidad de Cristo el poder manifestar la gloria de la divinidad que le corresponde en virtud de la unión hipostática, de forma que ese Hombre-Cristo sea adorado con el culto de latría que se reserva sólo para Dios. Esta actitud de adoración está en la frase **toda rodilla se doble**.

La frase **Cristo Jesús es Señor** es de mucha importancia. La palabra *Kyrios* empleada por San Pablo en esta fórmula es utilizada por la antigua versión griega llamada de los *Setenta* para traducir del hebreo el nombre de Dios (*Yahweh*). Por tanto esa frase quiere decir “Jesucristo es Dios”.

11.2. **Enseñanzas de San Pablo sobre la oración**

Oración constante de acción de gracias: Flp 1,9; 1 Cor 1,4.

Se dirige al Padre por Jesucristo: Ef 5,20.

Exhorta continuamente a cuidar la oración: Rom 12,12; Col 14, 2; 1 Tes 5,17.

San Pablo se encomienda a la oración de los fieles: Rom 15,30.

Los tiene continuamente presente en sus oraciones: Rom 1,9-10; Ef 1,16; Col 4,12; 1 Tes 1,2.